

ESTUDIO DEL HABLA DE TOLEDO



Juan Manuel Sánchez Miguel



Instituto Provincial de Investigación y Estudios Toledanos

101

Juan Manuel Sánchez Miguel

EL HABLA DE TOLEDO
(ESTUDIO ETNOLINGÜÍSTICO)

Publicaciones del I.P.I.E.T.

Serie VI. Temas Toledanos

N.º 101

Cubierta: La siembra.

Depósito Legal: TO-655-2001.

ISBN: 84-87103-99-5.

Imprime: Imprenta Provincial.
Plaza de la Merced, 4. Toledo.

INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS

Juan Manuel Sánchez Miguel

EL HABLA DE TOLEDO
(ESTUDIO ETNOLINGÜÍSTICO)



Toledo
Diputación Provincial
2001

*A mis padres
y a mi hermano Gonzalo*

A MODO DE INTRODUCCIÓN Y JUSTIFICACIÓN

Ya en mis años de estudiante sentía atracción por todas las manifestaciones del lenguaje hablado: en especial, por el habla rural, con la que siempre me he sentido identificado, y digna de ser investigada y analizada.

Los estudios dialectológicos y los atlas lingüístico-etnológicos adolecen muchas veces de suficientes datos; bien por precipitación, bien por falta de tiempo a la hora de encuestar. Es significativa la aseveración de que la provincia de Toledo (así de un plumazo) es yeísta; la verdad que una gran mayoría lo es, pero un gran porcentaje de pueblos mantienen la distinción central/lateral. Igualmente se desconocen los restos del antiguo dialecto mozárabe toledano, al que muchos dialectólogos creen desaparecido tras la invasión lingüística (además de otras de otro tipo) de los castellanos viejos protagonizada por Alfonso VI, allá por el siglo XI.

Ahí entrego al querido lector un manojuelo de estudios etnolingüísticos, fruto de la dedicación de la mitad de mi vida entregada a «patearme» la mayoría de los pueblos de la provincia de Toledo y parte de la región de Castilla-La Mancha, para encuestar detenidamente a las gentes del pueblo, buenas conocedoras del entorno, identificado con el lenguaje y cultura.

La mayoría de los artículos están agrupados en campos semánticos, a los que se les da muchas veces un tratamiento literario, sin dejar la aportación filológico-lingüística.

Quiero romper una lanza a favor de la Real Academia Española, porque he tratado de recoger entradas y acepciones no registradas en el *Diccionario de la Real Academia Española de la lengua* mientras que otras provincias y regiones están bien representadas y delimitadas.

LA PRONUNCIACIÓN

En el aspecto fónico el habla toledana no es uniforme, pues existe cantidad de variantes de pronunciación con respecto a un mismo término según vamos avanzando

de Este a Oeste: así en el oriente toledano y centro el sonido jota es pronunciado como fricativo velar sordo en abeja, «abuja» (aguja), mientras que la Jara y zona de Talavera aspira («abeha», «abuha»).

En cuanto al yeísmo, la provincia de Toledo ha sido considerada predominantemente yeísta, ya atestiguado en Toledo desde el siglo XVI, consistente en la confusión de *y* y *ll* (*gayina*, *cabayo*, *caye*); pero esta aserción categórica no es válida, ya que conservamos localidades que pronuncian correctamente la *ll*, distinguiéndola de la *y*; por citar lugares, a modo de ejemplo, valdrían: La Puebla de Almoradiel, Añover de Tajo, Campillo de la Jara, Sevilleja de la Jara, Aldeanueva de Barbarroja, y un largo etcétera. Otras zonas ofrecen vacilación, como Los Yébenes, Pepino e Hinojosa de San Vicente, dependiendo de la edad de los hablantes, pues normalmente pronuncian correctamente la *ll* a partir de los veinticinco a treinta años de edad.

Respecto a las eses finales de las sílabas o palabras, el oeste tiende a aspirar («cehah» por cejas); el centro aspira, pero más suavemente y con vacilación; se producen casos de confusión de consonantes, muchas veces sin ningún rasgo fónico común: *palancama* por palangana; *golígrafo* por bolígrafo; *abuja* por aguja; *agüelo* por abuelo; *abujero* y *bujero* por agujero; *tirne* por tizne. Curiosa es la despalatización de *ll* en *l*, como en *lantel*, *llantén* (planta), y la palatización de «*di*» en *ladierna* (planta), que la pronuncian *layerna*.

En cuanto a las vocales, las átonas son inestables, así *cevil* (civil), *lluviendo* (lloviendo), *almenaque* (almanaque); se desarrollan diptongos donde no los hay: *rial* (real), *cuasi* (casi), *cais* (caes); pero también se produce el fenómeno contrario: *frego* (friego), *apreta* (aprieta), *restrega* (restriega). Otras veces el diptongo *-ei-* se abre en *-ai-*: *sais* (seis), *azaité* (aceite), *afaitarse* (afeitarse); igualmente es interesante el paso de diptongo a hiato: *cambeo* (cambio), *cambear* (cambiar).

Las palabras alargan su cuerpo, bien en posición inicial: *amarrón*, *asiéntate*, *arrastrillar*; bien en el medio: *menchero*, *uguas* (uvas), *tlcagüete*; pero también lo acortan ya en posición inicial: *travesar* (atravesar), *cucha* (escucha), ya en posición media: *muchismo*, *feísmo*, *tantismo* (fenómeno peculiar de la Mancha Toledana), *atractivo* (atractivo), ya al final: *pos* (pues), *reló*.

HUELLA MOZÁRABE

Al conquistar Toledo, Alfonso VI cambió de política, y no sólo procuró atraerse a sus nuevos vasallos mozárabes, que le miraban con recelo, sino que inició el «mudejarismo» amparando a los musulmanes que incorpora a Castilla. Los rasgos dialectales mozárabes perduraron largo tiempo en lucha con el castellano en la región toledana, bien reconocible en los documentos publicados por Ángel González Palencia, en el Fuero de Madrid, editado por Millares Carlo y estudiado lingüísticamente por Lapesa; y probablemente el habla mozárabe toledana actuó como substrato lingüístico operando sobre el castellano de Castilla la Nueva.

Existen además otras abundantes fuentes para el estudio del dialecto mozárabe toledano: los testimonios que se deducen de la obra del botánico y médico toledano Abderramán, titulada *El libro de cabecera*; también los datos explícitos referentes a la aljamía de Toledo, que proporciona un botánico anónimo hacia el año 1100, publicado por Miguel Asín; las voces referidas a la aljamía toledana, que pueden espigarse en la obra de F. J. Simonet, además de la abundante toponimia mozárabe de nuestra provincia: Cardiel de los Montes (diminutivo de cardo), Puebla de Almoradiel, Yuncos, Yuncler, Yunculillos (éstos derivados de junco), Villamontiel, Estivel (topónimo menor de Toledo), Arroyel (diminutivo de arroyo), Vayuncos (valle de los juncos, topónimo menor de Navahermosa), Yepes, Yeles. Los Yébenes, Almonacid, Casas de Regates (Consuegra), Rielves, Totanés, Villanueva de Alcardete, Apacho (posada de colmenas, topónimo menor de Navahermosa)» etc.

Es cierto que en el campo lingüístico, en la toponimia, el viejo hablar de mozarabía se fue perdiendo ante la unificación impuesta por el castellano desde principios del siglo XIII; pero, no obstante, los mozárabes hubieron de influir por fuerza sobre sus libertadores castellanos. Así, por ejemplo, en los documentos procedentes de gentes no mozárabes, dejan traslucir abundantes mozarabismos: *allénar* (enajenar), *semnadura* (sembradura, sembrado), *nomne* (nombre), *demandancia* (demandanza), *arcalde* (alcalde), *riu* (río), *curazón* (corazón), *maestro* (maestro).

Hoy en algunas zonas de los Montes de Toledo se resisten a morir voces tan mozárabes como *aira* o *eira* (era), *llamaira* (llamadera de los bueyes), *canteiro* (trozo de tierra o resguardo de la era para que no se salga el grano), *capacho* (rodete de esparto en las prensas de los molinos de aceite), *esbaraira* (piedra resbaladiza), *fuella* (huella), *fungaira* o *fumaira* (lumbre que produce abundante humo), *luminaira* (luminaria), *grancias* (grazas o tascones de la paja).

LA INFLUENCIA ÁRABE

Toledo es una de las provincias en que los musulmanes estuvieron afincados más tiempo. Cuando en el siglo XI irrumpieron los cristianos por las puertas de Guadarrama y alcanzaron Toledo, al entrar, hallaron una cultura floreciente que tenía por base la antigua tradición hispano-romana conservada por los mozárabes (en multitud de aspectos religiosos, lingüísticos y jurídicos) y las aportaciones de los árabes.

En nuestra provincia el sello más cercano de la vida islámica —ya que eran grandes agricultores y hortelanos— se encuentra en las huertas de regadío, que están en los alrededores de los pueblos. Pues bien, la base de la existencia de semejantes huertas es muchas veces una máquina introducida en España por los árabes: la *noria*, que movida mediante un varal por el burro, saca el agua *zarca* (azul clara o lechosa) del pozo por medio de los *arcaduces* «cangilones» o «tarros de barro» (el pueblo los denomina muchas veces *arcaduces*), que van a la *alberca*, repartiéndose después por el *alberquillo*,

para regar los *alizares* o *alijares* (arriate), los *albérechigos* (especie de melocotón), los *albaricoques* y la *alverjana* o *avejanca* (guisante silvestre), que son labrados y escardados con los *amocafres* o *almocafres* (escardillos). Aunque en Talavera y en otras zonas limítrofes a los ríos riegan a través de las *acequias*.

Los hortelanos (se conserva todavía el dicho: « Hortelano ni rico ni sano, ni buen cristiano») hacían *aljares* (lamentos, ayes) cuando caía una *algará* (chaparrón fuerte de granizo o nieve) sobre sus campos, al ir a su huerta con el avío o comida que llevaban bien en las *alforjas* (talega de cuero con dos bolsas), bien en la *aljaba* o zurrón.

Estos para calmar la sed se llevaban el *zaque*. Este término ya nos lo define nuestro paisano Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua Castellana o Española*, obra de principios de siglo XVII, de la siguiente manera: « El odre pequeño de cuero en que trajinan agua o vino, y como decimos del que está borracho, que esta hecho un cuero, se dice en el reino de Toledo que esta hecho un zaque, que significa lo mismo»; también cargaba con la *aliara* o *liara* (cuerno de toro que contiene el aceite y el vinagre para el gazpacho).

Igualmente se acompañaba de un burro, ataviado con *jáquima* (cabezada de cordel, que supe al cabestro), la *tarre* o *ataharre* (banda de cuero, lona o esparto que pasa por la parte trasera de las caballerías para impedir que la *albarda* se corra o mueva hacia adelante) y *albarda* o montura rústica.

A VUELTAS CON LO ÁRABE EN TOLEDO

La huella árabe es harto significativa y patente en la provincia de Toledo: desde los humildes sistemas de riego hasta las espléndidas *azudas* o ruedas hidráulicas (de las que tenemos abundante documentación desde la edad medieval), que sacaban el agua movidas por el mismo impulso, para regar la vegas y huertas. Puede decirse que casi todos los campos de la actividad humana cuentan en el léxico toledano con arabismos: profesiones, construcción, herramientas, indumentaria, recetas culinarias, pesa y medidas, recipientes, etc.

El labrador vestido con los *zahones*, *zajones*, o *zanjones* (delanteras, especie de mandil que se ata al muslo), *zamarra* o *zamarro* (chaquetilla de piel sobada, sin mangas) y *zarrias* (cuero con agujeros atados alrededor del pie con varias correas, y que sirve de calzado), va pausadamente al campo para observar cómo los trigales están en *zurrón* o enzurronado (trigo a punto de espigar) y a su paso sonvé por encima los *alcores* (colina o elevación del terreno en forma alargada) el revoloteo de la *zumaya* (autillo o ave de paso) y el *alcotán* (ave de rapiña); después se acerca a la casa de labranza, junto a la que se encuentran las *zahúrdas*, *zajurdas* o *chajurdas* (pocilgas de cerdos).

Sale por la *suerte* contabilizando mentalmente las *fanegas* (medida de superficie o de capacidad para áridos equivalente a cuatro cuartillas), los *cahices* (doce fanegas) y los *celemines* (cuarta parte de la cuartilla).

A continuación va a dar una vuelta a la viña en la que observa las uvas *alarijes* (clase de uvas blancas y pequeñas); mientras preparaba la *albanega* (red de cazar conejos), se levanta un viento que hace *zutear* (moverse) las ramas de los árboles, vuelve la vista y se encuentra a su perro muerto que ha sido envenenado con la *zaraza* o comida envenenada que se les da a los animales.

De pronto, siente sed y se va a beber al *zumallo* o manantial, donde se estaban zamarreando un *rabadán* (mayoral) y un *zagal* o zagalón (categoría del pastoreo de inferior condición encomendada a un jóven). El agua *zarca* fluye hasta llegar a un lugar pantanoso donde se acumula el agua cuando llueve o *zumajal*, junto a éste crece un campo de *zumaque* (planta en forma de arbusto empleada para la curtición, aunque también se denomina así a la corteza de la encina, mesto, quejigo). Mientras que espera que caiga en la red algún *gazapo*, prepara una *almiara* o hacina de hierba.

Por la tarde, ya cansado regresa a su casa. llama a la puerta con la *aldaba* (llamador), abren y entra por el *zaguán* donde cuelga la chaqueta en una *alcayata* o escarpia, y se encuentra con una *zalagarda* (alboroto) o *algarabio* entre su *zaraza* (mujer desenvuelta y agradable) mujer, una vieja *alcandora* (alcahueta) y un *zarrio* (hombre tosco, de mal gusto). Pone paz y se dirige a colgar la caza en la *alcandara* (usada también para colgar prendas).

Cuenta a su mujer que durante el día ha traído un *zacaneo* o *azacaneo* (acción de traer con afán). Aunque este oficio no existe ya en nuestra capital he tenido a bien el traer un cuadro real de este oficio que nos lo da nuestro paisano Sebastián de Cobarrubias; según éste, «azacán» es el que trae o administra el agua. Nombre arábigo usado en la ciudad de Toledo, adonde comúnmente los aguadores son gavachos, y se hacen muy ricos con un solo jumento o dos. Por estar la ciudad en alto y no haber fuentes, es necesario subirlo del río (¡Qué tiempos en que nuestro Tajo era potable y, según los poetas, llevaban pepitas de oro en sus arenas!), así para beber de ordinario como para henchir los aljibes, y cuando vuelven éstos a su tierra embastados los remiendos de sus capas gasconas, con escudos, dicen de los toledanos: «*Es suya el agua, y vendémosela nos*», y ellos podrán también decir: «*Aquam nostram pecunia bibimus*».

Siente gazuza, y la señora se dispone a prepararle la comida: abre la *alacena* o *lacena* (especie de armario) de donde saca la *alcuza* (vasija, generalmente de hojalata y de forma cónica, en que se tiene el aceite para uso diario), que días antes habían sacado de la *zafra* (recipiente para guardar arrobas de aceite, equivalente a dieciséis litros), la *alborza* (escudilla tosca y grande de barro) el *alajú* o *lajú* (dulce navideño formado con la mezcla de almendras o nueces, miga de pan, azúcar y miel), el *alfajor* (dulce parecido al anterior y las *alcomenias* (este nombre es particular del reino de Toledo, con el cual nombran todo género de semillas que entre año se gastan para los guisados y otras cosas, como son anís, mostaza, alcaravea, cañamones, etc. Y porque se venden, según Covarrubias, «los cominos también, de que los moros usaban más de ordinario en sus cazuelas y guisados, dieron por nombre a esta feria, en Toledo *comenia*,

del comino, hoy día se llaman *alcomenias*. Véndense en la calle, junto a la iglesia mayor de la Santa Iglesia de Toledo, desde la esquina de las casas del Deán, hasta la calle que baja a la tripería»). En ella se encuentra igualmente el aguardiente que ha sido destilado en el *alambique* o *alquitara*.

En la casa igualmente podemos encontrar el *almohadón*, la *zalea* (cuero de oveja o carnero curtido de modo que conserve la lana o para preservarla de la humedad o del frío los cántaros que ha fabricado el *alfarero* cacharrero en el *alfar* (taller de alfarero). Al mismo tiempo encontramos el *almirez* o *almidez* que se encuentra colocado en el *almirecero* y las *albardas* fabricadas por el *albardero* y *talabardero*.

El labrador, recogida la cosecha, lleva los frutos al molino o molineta; allí parte lo vendía, parte lo molía para él o los animales, por lo que pagaba la *maquila* (pago en grano para el molinero); era pesado en *arrobas* (once kilos y quinientos dos gramos), adarmes (medida de peso equivalente a tres tormines), y *tomines* (tres granos que equivalen a seiscientos granos).

Si eran aceitunas, se llevaban a la *almazara* o molino, cuyo tejado era sostenido por las *alfarjía* (puntal que sostiene la viga, el techo o comienzo de un arco), allí se molturaban con el *alfarje* (piedra baja del molino de aceite), y salía a un líquido de deshecho al que llaman *alperchin*, *alpechin* o también *pechin* que corría por el *albañal* (hueco en la parte inferior de la pared por donde sale el agua). Vendido el género, parte de las ganancias las guardaba en la alcancía o hucha; otra parte se lo llevaban en género y lo medían con *azarcones* (medida y recipiente para el trasiego del aceite) y *azumbres* (cuatro cuartillos que equivalen a dos litros).

Luego los campesinos se iban de *alboroque* (celebración, juerga) y de *zahora* (comilona o merienda de amigos en que estaban presentes la bulla y zambra).

GEOGRAFÍA LINGÜÍSTICA

En el *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica* (ALPI) se encuestaron siete poblaciones de la provincia de Toledo. Estas corresponden a los puntos numerados entre paréntesis: Lagartera (463), cuyo gentilicio es *lagarteranos*; Cebolla (464): *cebollanos*; Camarenilla (465): *camarenilleros*; Sevillejada la Jara (466): *sevillejanos*; Navahermosa (467): *navahermoseños*; Los Yébenes (468): *yebeneros*; El Romeral (469): *romeralejos*.

La red o malla no es muy densa, pero sí significativa para conocer la fonética y parte de la morfología y variedad léxica de nuestros padres y abuelos, ya que las fases de encuestas fueron realizadas antes de la Contienda Civil, y publicadas solamente la parte de fonética en el año 1962. Trata de abarcar las diferentes comarcas de la provincia.

«El fin preferente de la geografía lingüística –afirmaba Menéndez Pidal– será el asociar los límites del idioma (o lenguas regionales, comarcales o locales) a los límites políticos, eclesiásticos, comerciales...; esto obedece casi siempre a causas más antiguas,

a divisiones políticas o administrativas de la época romana o prerromana...». La geografía lingüística –dirá Tomás Navarro– «se ocupa especialmente de descubrir y trazár las áreas y límites de los fenómenos dialectales»; su objeto material está constituido por el habla popular.

El *yeísmo*, ya atestiguado en Toledo en el siglo XVI, es la desfonologización o confusión de *y* y *ll* (*gayina*, *cabayo*, *caye*). Los estudiosos del tema, de un plumazo, han calificado a nuestra provincia de yeísta: nada más cierto, pues el ALPI recoge la distinción en los términos: *caballo*, *castillo*. De las siete localidades toledanas presentes, cuatro son yeístas (Cebolla, Camarenilla, Navahermosa y El Romeral), dos distinguen *ll* e *y* (Lagartera y Sevilleja de la Jara) mientras que la restante ofrece vacilación (Los Yébenes). La vitalidad de la *ll* varía de unas poblaciones a otras, según la edad de los hablantes: media o avanzada.

Máximo Torreblanca ha centrado sus estudios en el noroeste de la provincia, donde se conserva la distinción catalogándola en tres grupos: zona de conservación, caducas y vacilantes; pero se registra en otras comarcas y pueblos: pueblos de La Jara, Los Yébenes, Portillo, Puebla de Almoradiel, Añover de Tajo, etc.

Igualmente se constata la neutralización o confusión de *l* y *r* en posición final de sílaba o palabra, atestiguada en los mozárabes del siglo XII: *cazaol*, *ahogalse*, *andal*, *cael*, *pilal*, fenómeno más frecuente en el este, pero que puede aparecer en pueblos de influencia mozárabe.

¿INFLUENCIAS O COINCIDENCIAS?

Nuestra provincia tiene una serie de términos que muchas veces el diccionario académico da como propias de una determinada región, comarca o provincia. La realidad es que el Diccionario de la Real Academia en bastantes entradas carece de datos suficientes (suponemos que por desconocimiento) que reflejen la realidad del idioma; y sin investigar los suficiente, da un muestreo parcial y restringido. Existen zonas y provincias bien representadas, pero algunas no son tenidas en cuenta en muchos casos.

Se consideran occidentalismos (registrados en el DRAE), pero no sólo se conocen en este ámbito, sino que están más extendidos, así los términos: *sacho* o *zacho* (escardillo), común al portugués, leonés y extremeño; occidentalismo fonético es la forma etimológica *camella* (curva interior de yugo) frente al castellano *gamella*; también *mancera* (esteva del arado); *bálago* (paja del centeno y paja para rellenar las colleras y monturas); *balear* (limpiar lo trillado); *pina* (cada una de las piezas curvas de madera de las que están constituidas las ruedas del carro, cuya acepción primitiva es cuña).

Encontramos leonesismos como: *garabato*, *tendales* (varales, superiores del carro), *limpiar* (aventar), *concalecio* (podrido, purulento), *descargar* (podar la vid, el olivo o cualquier otro árbol), *hiscal* (atadero, vencejo) *grancias* (granzas: fonéticamente presenta epéntesis de la –i–).

Aparecen vocablos considerados por los estudiosos como meriodinalismos; unos registrados en el DRAE y otros no. De los primeros tenemos: *aparejo* (albarda), *alberca* (charca con muros de fábrica), *puñao* (manada de mies), *escobajo* (raspa del racimo de uvas), *almohadilla* (collera para colocar encima el yugo), *enganchar* (uncir); de los segundos: *jáquima* (cabezada en general, frente a cabezada de cordel); también la variante fonética *acituna*; *sembrar a puño* (sembrar a voleo), *troncón* (tronco); *tirada* (tirante); *biergo*, *bierga* (horquilla para aventar la mies y horcón para cargar la paja al carro); *anterrollo* o *enterrollo* (collera); *enremanta* (collera de lona o manta); *garganta* (cama del arado).

Andalucismos relacionados con el cultivo del olivo, documentados en Alcalá Venceslada: *bajeras* (ramas bajas de un olivo); *pintón* o *pintoncete* (fruto a punto de madurar, aunque también se aplica al bebedor a punto de embriagarse); *opinar bien o mal* (cosecha que se presenta con buena o mala cosecha); *aceituna gordal*. Destacan formas, que dan como extremeño-andaluzas, pero reconocibles en nuestros hablantes; éstas son: *lucha* (avanzada de la cuadrilla de segadores), *matocho* (matojo, haz de leña), *tarama*, variante de la voz castellana *táranin* o *tambara* (leña menuda, ramas delgadas), *doblao* (desván).

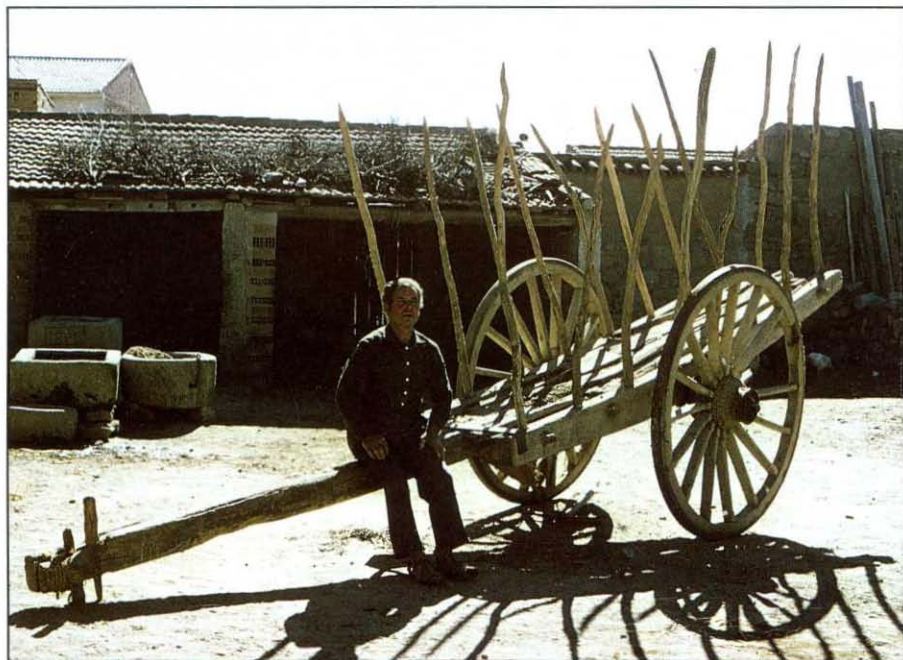
RAMILLETE DE VOCES TERRUÑERAS

Las palabras en sí carecen de vida, de intención, de sentimiento y de textura. Son significantes a cuya forma expresiva se le hace mudar o quedar inalterada como rancia y venerable o llevada a contenidos conceptuales diferentes del de origen o al olvido.

Las palabras usadas diariamente son arañadas, heridas, dañadas, inquietadas, respetadas, humilladas, enmendadas, guardadas. El empleo de las voces nunca es inocente. Unas alteraciones se asimilan al vocabulario homologado de los usos cultos y otras quedan relegadas al lenguaje popular, que luego será en parte, a veces, robado por los intelectuales.

La expresión popular es manifestación de una sabiduría elemental, indefensa y celosa. Sus términos o giros se repliegan precavidos y desconfiados, en fijeza y ultimación, resolución heroica, acaso.

A continuación presentamos un muestreo de voces no registradas en la última edición del *Diccionario de la Real Academia Española de la lengua*: *algará*, (chaparrón fuerte de granizao nieve); *almiar* (montón de paja); *aneguillas* (semillas que se mezclan con el trigo y ensucian de negro la harina); *aparranarse* (verbo que indica la acción de colocarse en una postura perezosa de abandono y dejadez, bien estando sentado, bien dejándose caer en un sitio); *atalar* (acabarse, acortarse); *atasajado* (atravesado, trabado), *bracilera* (correas para colgar a los hombros el zurrón); *hernandillo* (joven o mujer que llevaba la comida a los segadores, hacían y limpiaban las casas de labor labranza); *guijo* (de *guija*, piedra, masa de chorizo frito), *itajo* (trozo de goma que se pega en la



Carro de labranza.

parte de atrás de las abarcas); *laborintón* (lioso, que todo lo enreda o lo revuelve); *lantero* (dícese de la persona ya entrada en años); *machacandero* (especie de mortero, donde se majan las especias); *mandilón* (hombre cobarde, figuradamente se aplica a la persona que está sujeta a la influencia de la madre); *penterre* (indisposición súbita, soponcio, desmallo); *sogato* (fuego o lumbre de leña recia y paja, o picón o carbón del brasero, se emplea: «en estar al calor de la lumbre brasero, etc.»); *vilano* (de milano, flor de cardo); *zaro* (se dice de los gallos de color grisáceo y de gran fuerza y valentía, se aplica también al hombre valentón: *parecer un gallo zaro*).

Otros vocablos aparecen registrados en la Real Academia, pero con distinta aceptación, así: *albentestate*, equivalente a la intemperie, al descubierto: *Esta labranza está albentestate*; *ahijadera*, *pocilga*, *zahurda*, *briscano*, se aplica a la cabra de color amarillo o de la plata.

FORMAS Y CONSTRUCCIONES

Ya no se concibe en filología el fin de pudrición que relega el lenguaje al olvido de los organismos que nacen, se desarrollan y mueren. Por supuesto que estos organismos evolucionan y se transforman como seres espirituales mediante impulsos humanos que ponen en los labios la flor de la expresión como en el caso del poeta.

Designación personal. Los apelativos de parentesco se omiten en frases como ésta: *hija de Juan, el de la Petra* (hijo de la Petra). Esta elipsis ocurre en otras regiones. Incluso el nombre propio es sustituido o acompañado de apodos: *el de Julián Risas*; *el del tío Santero*; *el de Juan el Cojo*. Construcciones como *el de Pilar* se emplean frecuentemente para designar a una persona en sustitución de su propio nombre y, a veces, acompañándole. Se trata de una perifrasis que sustituye a aquel por la indicación de la afiliación o de una determinación patronímica que reemplaza, de hecho, el apellido: *Pedro el de Felisa*.

Designación territorial. El sintagma *lo de* seguido de un topónimo o de un antroponimo se utiliza para la designación territorial, lo mismo que en diversas regiones españolas e hispanoamericanas: *lo de Retamala con lo de la Barreara*; *lo de Alejandro con lo de Apolonio*.

Aumentativos y diminutivos: Los sufijos generalmente para la formación de diminutivos son: *-ito* e *-illo*: *copita*, *carnisilla*; con valor despectivo: *-ucha*, *-ucho*: *casucha*, *bancucho-ón*: *simplón*, *mamón*. Aumentativos y diminutivos lexicalizados: *almendruco*, (almendra) : *horquillo(a)*, (horca de madera); *almuhadón*, (funda de la almohada y a veces se toma por esta misma); *casilla* (casa de labranza).

Conjugación verbal: *veniba* (venía); *haciba* (hacía); *haci* (hice); *me riyó* (me río); *me reiba* (me reía); *se riyó* (se rió). Del verbo *ser*: *semos* (somos); *seis* (sois). De haber: *himos* (hemos); *hais* o *habís* (habéis); *haiga* (haya); *hubías* (hubieras); *habrís* (habréis). De ver: *vide* y *vido* (vi y vio).

De decir: *dicimos, dicís* o *dicéis* (decimos, decís); *dijistes* y *dijieron* por dijiste y dijeron. De andar: *andé, andao*, por anduve, andado. De traer: *traí, traiste* por traje, trajiste. De querer: *quedré, quedría* o *quedría* por querré o querría. De cambiar: *cambeo* por cambio, *cambeaba, cambeé* por cambiaba y cambié.

Es de destacar como fenómeno importante de la conjugación los imperfectos y condicionales en *-ie*: *amarie, serie, tendría*.

ARCAÍSMOS LÉXICOS

No debemos los toledanos menospreciar nuestras hablas locales y populares ya que es de suma importancia conocer la lengua peculiar de nuestra provincia y sus diversidades comarcales. De una parte, se llega así al conocimiento del habla de cada día y de las hablas que no tuvieron cultivo literario y, de otra, a la concepción del lenguaje como actividad humana y, por tanto, sometido en todo momento a una moderación activa por parte de cada hablante.

El léxico constituye el aspecto más curioso e interesante del habla de Toledo porque aprender o saber una palabra es una forma de aprehender o poseer ese objeto que antes se nos escapaba de las manos, pasando así a formar parte de nuestro cosmo intelectual y lingüístico.

Hoy día los toledanos nos servimos de muchas voces (arcaísmos de empleo general) de diversas antigüedades, cuyo significado no es ya usual en la lengua oficial. Entre otras muchas pueden citarse las siguientes: *aparente* (adecuado, conveniente), *caña* (pierna), *curioso* (cuidadoso), *infante* (niño de corta edad), *lienzo* (sábana), *medrar* (crecer), *nación* (nacimiento, «este niño es tonto de nación»), *pesca* (pescado), *papel* (periódico), *parte* (aviso, recado), *porla* (cemento, derivado de Portland, marca de cementos). Igualmente, la lengua general ha olvidado palabras usuales en la provincia de Toledo como *cristianizado* (bautizado), *bateo* (bautizo), *regoldar* (eructar), *regüeldo* (eructo), *gormar* y *gormatera* (vomitar y vómito), *gazuza* (hambre), *testa, tiesta* o *tiesto* (cabeza), *tréfudo* (musculoso), *talabardero* (el que hace alabardas), *fuella* (huella), *calonfrio* (escalofrío), *garguero* o *galguero* (esófago, garganta, tanto de los hombres como de los animales), *zahones* (delanteras).

De igual modo son de destacar en nuestra provincia una serie de fenómenos de analogía, cruce de palabras, asociación y etimología popular de nuestro vocabulario, que se manifiestan con extraordinaria frecuencia y generalidad, cuando el hablante del pueblo encuentra opacidad en las palabras, y entonces trata de darles una transparencia de la que para él carecían, dando lugar a formaciones léxicas más o menos estables. Algunas de ellas serían, entre otras: *andalias* (sandalias), en la que se produce una falsa separación del artículo en la concordancia del plural (la -s de andalias y etimología popular andar), *arzuelo* o *anzuelo* (orzuelo), *cambrión, cambrio*, o *cambión* (camión) utilizando en la frase: «apartate a la paire que viene un cambrio»; *fomentar* (fermentar),

tiricia (espeluzno, asociado con tiritar), *tullido* (entumecido), *tomatosis* (mixomatosis, enfermedad de los conejos, asociado con tomate), *chicoténico* (psicotécnico, asociado con chico), *ascuilla* (escudilla, relacionado con ascua), *bizcorneta* (bisojo), *manflorista* (hermafrodita, relacionado con flor).

ARCAÍSMOS VERBALES

El diálogo de las lenguas o de las propiedades del hablar (157?) del vallisoletano Damasio Frias alude a la diferenciación interior del lenguaje y de cualquier comunidad idiomática, y dice así: «¡Variedad... hay de usos y de diferencias de hablar, no digo en todo un reino, no en toda una nación, pero aún en cualquier provincia, y no sé si en cualquier ciudad! ¡Cuán diferente os parece que es la lengua castellana (se decía de la de Castilla la Vieja) de la andaluza en muchas cosas! ¡Cuán diferentes de entrambas, en algunos términos la del reino de Toledo!».

El asunto de los arcaísmos morfológicos en Toledo es el siguiente: existen muchos hablantes que a la hora de emplear un verbo en su forma condicional o en imperfecto, hacen uso de la forma *-ie*: (*comie, dirie*) en vez del morfema *-ia* (*comía, diría*) que es el correcto para los verbos de la segunda y tercera conjugación.

Origen del fenómeno: Las desinencias *-eba, -iba* del imperfecto latino dieron en castellano *-ia*. De esta forma en la lengua romance se decía *comía, veía, sería o moría*. Ahora bien, durante la Edad Media se produjo un desvío, por el cual en los textos podían encontrarse formas en *-ie* (*servie, tenie, etc.*). Este tipo de imperfectos y condicionales se empleaban en castellano desde el siglo XI al XIV para después desaparecer, aunque no totalmente.

Existen testimonios de los siglos XVI y XVII, que nos prueban su supervivencia, al menos en Toledo. El doctor Villalobos dijo en el siglo XVI que «*hacien* en era un defecto de pronunciación» con que los toledanos ensucian y ofuscan la polidez y claridad de la lengua castellana». Gonzalo Correas, en el siglo XVII testimonia que las formas *-ie, -ies, -ie, -iemos, -iedeas, -ien* (en vez de había, habías, etc.) todavía se empleaban en Castilla la Nueva, La Mancha y Extremadura.

Rica es también nuestra provincia en arcaísmos y voces antiguas referentes a verbos y frases verbales como: *gormar* y *gomitar* (vomitar), *hiñir* (amasar), *jalbegar*, *principiar*, *rujar* (rodar), *pizar* (pellizcar), *coger* o *pescaer el pendique*, *andar al retortero*, *empantanar*, *no dar ni palotá* (no dar golpe), *oler a tachún* (oler mal), *empellicar* (dejar a uno sin dinero en el juego), *enlirirse* (pisar un excremento), *tener borras* (tener muchos objetos inservibles), *echar a berreo* (echar a la calle), *arganear* (insistir en algo), *atrochar* (acortar camino), *dar unos tantarantanes* (zarandear), *gachupear* (golosinear), *atestuzar* (ser cabezón), *hacer un gorriño* (hacer bolas de papel), *enfaratar* o *faratar* (borrar, estropear), *estar en gueta* (estar apoyado).

EXPRESIONES FIJAS

El hablante las identifica, en forma un poco confusa e indiferenciada, con nombres como expresiones, dichos, modismos, giros, fórmulas, modos de decir, frases hechas, refranes, adagios, etc. Las llamamos expresiones fijas, porque su rasgo constitutivo es la fijación o fosilización.

La conversación cotidiana, sobre todo, en su nivel coloquial, está plagada de este tipo de construcciones. También se dice acerca de ellas, que son unidades fraseológicas, porque funcionan como unidades indescomponibles en diferentes niveles gramaticales: normalmente son combinaciones fijas de dos o más palabras.

Quevedo las reprochaba en el *Cuento de cuentos* como «vulgaridades rústicas que aún duran en nuestra lengua...». Sin embargo, no sólo no han sido barridas, sino que, incluso, a lo largo de los siglos, a pesar de los cultistas y estudiosos que las consideran como un lenguaje repetitivo, pobre, y tildan a los hablantes que las enuncian de escasos de competencia lingüística.

En nuestra región, se utilizan todavía muchas expresiones que Quevedo pretendía desterrar del habla popular, allá en el siglo XVII: *de buena cepa* (de buena casta o estirpe), *ser de la piel del diablo* (travieso, enreda, revoltoso), *tener barruntos* (indicios de algo), *estar atufado* (enfadado), *cháncharras máncarras* (tener mucho cuento), *llevar a barrisco* (en junto, sin distinción), *traer el o alvetortero*, *estar acurrucado* (estar echado o encogido), *tener el oro y el moro* (tener apariencias de tener mucho dinero), *meter las cabras en el corral* (atemorizar a alguien), *gritar como un descosido*, *irse rabo entre piernas*, *la de marras* (lo referente a un suceso anterior en el tiempo), *hacer de las tripas corazón*, *costar la torta un pan*, *dejarse de cuentos*, etc.

Estos modos de decir fosilizados, algunas veces, son de ámbito general; pero cada región, provincia, comarca o localidad crean con su imaginación y experiencia un fértil campo de pegujales abonados de comparaciones, metáforas y diversos recursos literarios: *tener la boca como una sarrieta* (espuerta grande de esparto para echar el pienso a las caballerías; en sentido figurado se dicen del que tiene la boca exageradamente grande, y del niño que llora insistentemente), *ser más bruto que un cerrojo o un cermeño* (variedad de peral), *estar más montado que el gobierno* (tener buena posición económica), *quedarse dormido como un dornajo* (artesa pequeña para dar de comer a los cerdos), *estar tan unidos como culos con camisa*, *irse como agua por chorrera* (desnivel por donde se precipita el agua; en sentido figurado: gastar el dinero y dilapidar las cosas de valor con rapidez).

ASÍ HABLA LA MANCHA

Toda habla, cualquiera que sea su afiliación y tenga o no cultivo literario, por ser precisamente vehículo de una comunidad y manifestación de su cultura, entorno, ideas,

sentimientos y apetencias del hombre, es por sí misma merecedora del interés y afecto del lingüista, y curiosidad por parte del profano en la materia. Refiriéndose a este tipo de hablas ha dicho Ángel Rosenblat: «El habla campesina y el habla profunda de las distintas regiones de España y América tienen su dignidad en sí mismas, su propia razón de ser».

En el nombre aparece el empleo del sufijo *-ico*: *añico*, *ajico*: diminutivo éste del aragonés. Muy significativo es también la forma oriental *-ete*, *-eta*, que aparece en la comarca de Puebla del Príncipe: *perreta*, *cuesteta*. En el resto se utiliza el normal *-ito*.

En cuanto al morfema del género es de destacar la ambigüedad de algunos sustantivos: *la chinche*, *la calor*, *el moto*, *la sudor*, *la coñá(c)*. Rasgo peculiar de la Mancha es utilizar *tigo* por tú, pronombre de segunda persona como sujeto singular (se recoge en otras regiones de España; en todos los lugares aparece en el sujeto compuesto *yo y tigo*: (yo y tú). *Sotro* por otro, procede de la forma *esotro* que funcionaba en el siglo XIV con *estotro* y *aquilotro* como contraposición a nosotros.

Sois y *sos* por os: vulgarismo formado por analogía formal, igual ocurre en *mos* por *nos* (*mos vamos*). Por este mismo motivo aparece la distinción genérica *cualo/cuala*. Para la primera y la segunda persona del plural tenemos *nusotros*, *vusotros*. En el verbo aparece la forma *fistes* (fuiste) como indefinido del verbo ser. Es un curioso fenómeno de la economía articulatoria, análogo al que sería en otras palabras (en las que ui evoluciona a i). Aparte de La Mancha, aparece en el riberano y mirandés. Esta economía aparece en formas como *podís* (podéis), *querís* (queréis) *tenís* (tenéis): rasgo mozárabe.

Frecuentemente en la mayoría de la zona, es la pérdida de *-r* final de los infinitivos cuando llevan, en posición enclítica o pospuesta, algún pronombre personal átono, produciéndose un alargamiento y apertura de la vocal anterior: *cogelo*, *querelo*. También el imperativo *veste* por *vete*.

La utilización de *ser* en lugar de *haber* en los tiempos compuestos: *si fuas ido*. Funciona como verbo auxiliar: es un resto medieval, ya que en este período los verbos intransitivos se auxiliaban de ordinario con *ser* (aunque ya aparecía *haber*). En nuestros días, aparte de en La Mancha, se conserva en Aragón. Asimismo nos encontramos los gerundios: *dijiendo* por analogía con *dije* y *puniendo*, *lluviendo*. Se encuentran formas como *amos* por *vamos*, *asiéntate* por *siéntate*, *cucha* por *escucha*, *sá* por *sea*.

TOPOGRAFÍA Y TOPONIMIA

Los términos topográficos tienen un valor referencial, tanto si han cristalizado como topónimos, como si son apelativos con un mero valor designativo; los topónimos propiamente dichos se caracterizan por pertenecer –casi siempre– a un inventario cerrado. Por el contrario, los apelativos topográficos son plenamente comprensibles, su inventario no es cerrado dado que toda palabra que pueda identificarnos un punto concreto del terreno es susceptible de ser usado con valor de referente.

Este debió ser lógicamente el primer estadio por el que pasaron los que hoy consideramos generalmente topónimos, antes de quedar fosilizados como tales; pero sólo cuando ese referente posee un valor identificativo propio, independientemente de que sigan existiendo o no las circunstancias que lo originaron, podremos considerarlo como un topónimo propiamente dicho.

En lo referente a la flora tenemos: *royales* o *rubiales* (lugar de rubios o especie de planta), *salguero* (lugar de sauces; de ahí Salguero, Salcedo, Salcedal, y Saucedal), *sotillo* (disminutivo de soto o arboleda), *loranco* (lugar de laureles), *haedillo* (diminutivo de hayedo), *albos* (álamos blancos), *carozo* (juncal o carrizo), *berceo* (planta parecida al esparto), *carrascal* (especie de encina), berrero o *berral* (sitio de berros o herramientas: planta que crece en las orillas de charcas y arroyos), *melgar* (lugar de mielgas).

Accidentes del terreno : *asomadilla* (altozano), *atalaya* (cerro pequeño), *alcor* (colina o elevación del terreno de forma alargada), *hoya*, *joya*, *rejoya* o *recuencia* (barranco o nacimiento de un arroyo o reguero), *alpedraque* (pedriza), *andevanos* (lugar o terrenos escabrosos), *acilate* o *acirate* (lindazo o caballón), *canaleja* (disminutivo de canal; designa un valle pequeño o hendidura del terreno), *morca*, *morco*, *morquera* o *moquero* (montón de cantos sueltos que se forman en las tierras de labor o en las encrucijadas y divisiones de los términos; relacionados con Mercurio, dios de los caminantes; de ahí Navamorcuende), *novalejo* o *novalio* (tierra nuevamente abierta con el arado), *hormazo* (tapia de tierra, tapial), *torca* o *torquilla* (hoya; también charcón y sitio o lugar de los molinos harineros: río Torcón), *morra* o *morro* (pequeña elevación del terreno; monte o peñasco pequeño y redondo), *cabezo* (pequeña elevación del terreno; también cerro alto o cumbre de una montaña; igualmente montecillo aislado).

Hodónimos o caminos: *cañada*, *cordel* (caminos utilizados por los ganados transhumantes), *colada* (servidumbre de paso en la linde de dos parcelas), *carril* (camino abierto en una finca para que pase un carro; el DRAE lo define como camino carretero: palabra anticuada), *sonruedo* (surco que dejan las huellas del carro en los caminos).

HABLAN LOS TOPÓNIMOS

El campo y los pueblos hablan a través de los topónimos, pero la transparencia de esa voz es reconocible en muy distinta medida por parte de los hablantes, ya que los nombres de lugar son inamovibles como una roca, y tan sólo sufren un pequeño roce o desgaste por el paso erosivo del tiempo. Van pasando las culturas, las razas, las generaciones; pero van quedando esos testimonios parlantes de cada una de ellas, que muchas veces nos ocultan su personalidad mostrándonos sólo los ropajes que los recubren y adornan. Toledo tiene un remoto origen prerromano, latinizado en Toletum. Ángel Montenegro señala que su raíz *tol-* es céltica, y está relacionada con el agua, que podría ser «lugar de agua», «aguada» o significado parecido. Ya Tito Livio nos dice que está sobre un monte granítico con abruptas pendientes.

Después hay una capa claramente céltica con nombres alusivos a victorias o fortificaciones: compuestos de briga –castillo– como *Alpuébrega*, que antes pasó por *Alpobriga*, medieval *Alpóbrega*, posteriormente por etimología popular da *Alpédrega* y *Elpédrega* (pedregal); *Talábriga*, antigua *Talavera*.

Prerromano es también *Nambroca*, de *Ambrona*, de los ambrones, pueblo de origen ilirio, que Menéndez Pidal señala como uno de los elementos indoeuropeos prelatinos pobladores de Hispania antes de los céltigos o celtas.

De origen ibérico celtizado es *Consuegra*, de *Consahurum*.

Quedan topónimos procedentes de la romanización. Algunos recuerdan generales y emperadores romanos; pero también conservan nombres de personajes más modestos como los propietarios de villas: *Oreja* (villa de Aurelia); *Ugena*, del antropónimo *Ustius* o *Usius*; *Seseña*.

En toponimia cristiana de reconquista y de repoblación, junto al arabismo *Atalaya* existen góticos *Guarda* y *Guardia*, que desde el norte llegan a regiones no reconquistadas hasta finales del siglo XI (*La Guardia*, en Toledo); *Burguillos* (del bajo latín o de los visigodos «torre fortificada, villa, arrabal, barrio» en documento del siglo XIII se conoce por *Burguicellos*), también la *Galinda*, *Jimena* (término de Navahermosa), *Esquivias* («extremo, alejado»). Derivado del latín *Miraculum* con el sentido de «punto de observación y vigilancia»: *Milagro*: (*El Puerto del Milagro*, *la Milagra*). Para las fortalezas castros (latín *castrum*) tenemos *Castrejón*, mientras para el diminutivo *castellum*: *El castillo* (Navahermosa, San Martín de Montalbán), *Castillo de Bayuela*, *Castillo de Puñoenrostro* (Seseña), *Castillo de Torrecervatos* (Argés), *Castillejos*; y para torre: *Torralba* (Burujón), *Torralba de Oropesa*, *Torrecilla de la Jara*, *Torre de Esteban Hambrán*, *Torrejón* (Calera y Chozas), *Torrico*, *Torrijos* (del latín *turriculum*)

APUNTES DE TOPONIMIA

La toponimia es señal de la relación entre el hombre y la tierra. Nos da apreciaciones de cómo el lugar ha sido visto y padecido por los habitantes. Estos nombres nos hablan de la aridez del terreno: *Villaseca de la Sagra*, *Villasequilla*. Pero existen como contraste: *Buenasodas*, *Buenaventura*, *Fuensalida*, *Hontanar*.

Los accidentes del terreno: situación, color y otras cualidades físicas del suelo o de la población dan origen a numerosos topónimos: *Olias* (alta, altura), *Alijar* (piedra, peña), *Guajaraz* (tajo o río de los espinos), *Marjaliza* y *Almorox* (prados), *Algodor* (los estanques). Se hacen alusiones al color: *Menasalbas*, *Montalbán* (almenas blancas o canteras o minas de caliza o mármol; el segundo sería monte blanco, por sus minas de caolín), *Los Cerralbos* (cerros blancos), *Montesclaros*, *Villarrubia de Santiago*, *Aldeanueva de Barbarroya*, *Casarrubios del Monte*, que hacen alusión al color rojizo del terreno (del latín *rubius*, rojo).

La toponimia también conserva vivos recuerdos de las devociones y creencias, bien como tributo a los mártires hispánicos, bien a los foráneos: *Santa Olalla* (Santa Eulalia), *San Pablo de los Montes*, *San Bartolomé de las Abiertas*, *San Martín de Pusa* y *de Montalbán*, *Santa Ana de Pusa*, *Santa Cruz de Retamar* y *de la Zarza*, *Puerto de San Vicente*, *Minas de Santa Quiteria*, *San Román de los Montes*, *Val de Santo Domingo*, *Polán* (de villa (Sancti) Paulani, villa o fundo de San Pablo).

La fitotoponimia o nombre de los pueblos referentes a la flora igualmente son abundantes: *Cardiel de los Montes* (topónimo mozárabe que hace referencia a los cardos), *El Castañar*, *Ciruelos*, *La Corchuela*, *La Fresneda* (lugar de frenos), *Hinojosa de San Vicente* (sitio abundante en hinojo), *Gamonal* (campo abundante en gamones, o gamonas o gamonitas), *La Mata* (porción de terreno cubierto de árboles), *El Membrillo*, *Parrillas* (sitio en el que abunda la vid), *Robledo del Buey* y *Robledo del Mazo*, *Los Yébenes* (voz mozárabe que hace alusión a una planta espontánea de flor amarilla, probablemente los jaramagos, aunque otros estudiosos lo hacen derivar de Géminis, con el significado: en los pueblos gemelos), *Melgar* (lugar de mielgas), *Alameda de la Sagra*, *Alcañizo* (derivado de caña con el artículo árabe *al-*, aunque otros lo hacen derivar de kaniza: iglesia cristiana).

La toponimia de los estados cristianos medievales se refiere, con frecuencia a la repoblación del territorio: *Puebla de Montalbán*, *Puebla Nueva*, *La Puebla de Almoradiel*. Hay nombres referentes a la procedencia de los repobladores: *Sevilleja*, *Cordobilla*, *Vascos*.

ONOMÁSTICA ÁRABE

Tras la invasión mora, los primeros en sentir el influjo de la cultura musulmana son los mozárabes: aun los que siguen profesando el cristianismo escriben a veces en árabe y suelen tomar nombres y apellidos árabes. Esta continuidad también en los moriscos toledanos, según se refleja en un párrafo significativo del Quijote (1,9): «Estando yo un día en Alcaná (calle de Toledo con muchas tiendas de mercaderes), llevo un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer, aunque sea papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y víle con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado (que sabe castellano) que los leyese...».

De los apellidos hay actualmente en nuestra provincia una larga lista: *Alarcón*, *Alorza*, *Albacete* (el llano), *Albaladejo* (ciudad, pueblo), *Albarrán* (torre exenta o exterior del muro), *Alberca*, *Alcaide*, *Alcalá*, *Alcántara*, *Alcañiz*, *Alcoba*, *Aldarabí*, *Alguacil*, *Alía*, *Aceituno* (el olivar).

Al avanzar la reconquista, Toledo cae en poder de los cristianos castellanos- viejos (1085). Los mozárabes que la habitan estaban fuertemente arabizados y el contingente

moro que permanece en Toledo y en bastantes pueblos de la provincia era muy numeroso; muestra de ello son los abundantes topónimos que hemos conservado de este origen. Los accidentes del terreno: situación, color y otras cualidades del suelo o de la población dan origen a numerosos nombres: Olías (tierra caliza o estercoleros), Cebolla (montecillo, pueyo), Maqueda (la firme), Alcores (las colinas), Mancha (llanura alta), Azucaica (calle), Aceca (el camino), Zocodover (mercado de las caballerías).

Los moros eran grandes agricultores, y perfeccionaron los sistemas del riego aprendidos de los mozárabes. De ahí su apreciación por el agua que se ve reflejada en la abundante hidrotoponimia: *Guadamur* (río Amur), *Gualin* (río de Alín o río del manantial, en Hontanar), *Guadalerzas* (río de alerces), *Guajaraz* (talud, tajo o río de los espinos), *Guadyervas* (río de las hierbas), *Algodor* (los estanques), *Azaña* (la acena, la noria), *Almoquer* (canal de riego), *Alberquilla* (el estanque), *Albuera* (la laguna).

TOPONIMIA MOZÁRABE

El grado de vitalidad del habla románica de los mozárabes y la capacidad expansiva dependían del vigor y de las relaciones de las mozarabías, las cuales fueron muy diversas en las diferentes etapas de la Reconquista. La vitalidad de la mozarabía toledana hizo, en lo jurídico prevalecer el Fuero Juzgo, que no tenía vigencia entre los reconquistadores; mantuvo, en lo eclesiástico, un rito propio frente al romano y, en el orden administrativo, conservó todavía en el siglo XIII especial moneda de tipo árabe.

La toponimia mozárabe revela la extensión y densidad de la pérdida de la *-o* final. Tenemos, pues, que de hecho los mozárabes toledanos perdían y conservaban la *-o* final. De *murello*, diminutivo de muro, deriva el topónimo *Murial* (Guadalajara) frente al normal Murillo. También en *Cardiel de los Montes* (diminutivo derivado de cardo, en Toledo), *Puebla de Almoradiel* (de muratello), *Montiel* (de monte, provincia de Ciudad Real), *Villamontiel* (Toledo), *Almuradiel* (Ciudad Real), *Arroyel* (diminutivo de arroyo). En otros topónimos mozárabes, tras consonante, que no son ahora finales en Español, la *-o* perdida ha sido sustituida por *-e* final. Así sucede, en los derivados con los sufijos prerromanos *-accu-*, *-eccu-*, *-iccu-*, *-occu-*: *Mascaraque* (arbusto), *Palomeque* (paloma), *Tembleque* (de templum, recinto, espacio vasto, de la provincia de Toledo).

La autoctonía con *y* viene confirmada por la supervivencia hasta la actualidad de algunos de los topónimos mozárabes, en contraposición a la regla fonética del castellano: *Yuncos* y *Yuncillos* (y no Juncos persisten en la actualidad en el partido judicial de Illescas); igualmente en toponimia menor *Bayuncos* o *Vayuncos* (frente a Valdejuncos), *Yeles* y *Yepes*. Existen una serie de topónimos en zonas de sustrato mozárabe, con plurales femeninos en *-es* en vez de *-as*. Así tenemos casas de *Regates* (Consuegra, provincia de Toledo), *Yeles* (probablemente yalu, sal o salina o quizás de *gelu*, hielo, helado; provincia de Toledo, confróntese con *Yela*, en Guadalajara), *Tobes* (Alcuneza,

provincia de Guadalajara, de Tobe: piedra caliza y porosa; frente a Villatobas, en Toledo), *Totanés* (de Tutanus, nombre de una de las divinidades tutelares de los romanos, o quizá de tutanes, asilo, refugio, defensa), *Novés*, y *Noez* (de *nova*: nuevas, recientes, jóvenes; «civitates aut condere nova aut conservare iam condita»).

Los compuestos por un nombre romance precedido de artículo *al* debieron ser impuestos por los árabes o por los mozárabes, pero antes de que los poblados respectivos fuesen reconquistados por las armas cristianas: *Alcañizo* (de caña), *Villanueva de Alcardete* (de cardo), *Almonacid* (el monasterio).

INDUMENTARIA DE NUESTROS ABUELOS

El hombre llevaba la chaqueta y pantalón de pana forrados o atacados de lienzo normalmente; de ropa interior llevaba calzoncillos largos y atados con una cinta a los tobillos. Encima de los pantalones, *fajas* que normalmente eran azules o negras. La camisa era de *tirilla* y con *pecheras* de otro color, o con pliegues en la pechera. Del calzado para el campo usaban *albarcas*, y con éstas, en vez de ponerse calcetines, se forraban los pies de una lona roja llamada *peales*. Y para vestir llevaban botas recias.

Para el campo se cubrían con una *boína* o *boina*, y para salir un sombrero de paño. De abrigo tenían unos chaquetones llamados *pellizas*, eran negros o azul marino, y en el cuello una especie de piel; para ir al campo se ponían *anguarinas*, de paño muy recio color marrón, que llevaban como una capucha. También de abrigo eran *los Montecristos*, que eran largos; los más ricos usaban capas, a las vueltas de éstas decían *embozos* que eran de pana verde o roja. La *montera* era una especie de gorro en pico de piel, casi siempre de cordero o de choto. Los más elegantes llevaban bastones y el resto garrotas.

La mujer llevaba faldas largas de vuelo y unas blusas llamadas *matiné*; en cuanto a ropa interior se usaba el *corsé*, especie de *justillo* que le hacía resaltar su figura, los *pololos* que llegaban hasta la rodilla atados con una cinta. Usaban *tocas negras de pico*, de lana; y para mis vestir unas *pelelinas* o *toquillas* de pelo de cabra, que era un tejido sedoso, y un pañuelo al cuello normalmente de listas o de color clavo (avellana, un poco dorado). Gastaban *mandiles* y *refajos* llamados *faldellines*, tejidos en los telares del pueblo. De calzado llevaban botas abrochadas hasta arriba, con los botones redondos a la derecha.

El monedero era la *faltriquera* o *faldiquera* que era de tela, una especie de bolsa atada a la cintura, también podía ser de gancho o de coñreal, pieles que curtían los pastores. Se peinaban con raya al medio y con moño llamado rodete. Para los abuelos no había que preguntar nada porque, desde que comenzaban a ver, encontraban llamativo y peculiar su largo pelo, dejando la indumentaria en otro lugar. De niñas y jóvenes, ridículos moñitos, preciosos tirabuzones y afortunadas *cocas* (cada una de las porciones que suelen dividir el cabello las mujeres, dejando más o menos descubierta la frente y sujetándola por detrás de las orejas) adornaban su cabeza; pero de mayores era invariable

la existencia del grueso moño en la región occipital. Para nuestros abuelos el género femenino era de pelo largo, sin preocuparse demasiado de investigar el motivo de aquel regalo de naturaleza. El dedo índice de la mano izquierda servía de guía para formar la espiral que se aseguraba con fuertes horquillas de hierro.

CORROBLA Y ALBOROQUE

La corroblla, robla, robra o corrobrra en su forma primitiva consistió en la entrega forzosa de una determinada cantidad de pan, vino y reses viejas que, además del pago del arriendo, recibía el señor en cuyos dominios pastoreaban los ganados transhumantes.

Parte de la corroblla llegaba hasta los siervos del señor que celebraban, con gran contento, aquella donación extraordinaria como resultado de una feliz terminación de los contratos. Pero la desaparición de los señoríos, si bien ha hecho desarraigar el tributo, no ha conseguido arrancar la costumbre de tener un algarabío o jolgorio de comida y bebida pagado por otro que es en lo que consiste desde hace muchos años.

Cuando el tío Paco compró la mula que necesitaba, o el Tomás cambió la finca con Vicente, o el tío Benigno ajustó un obrero en la plaza, o se terminó la construcción de las cuadras, se celebraron las cuentas con el pago de la corroblla, más o menos rumbosa, que aprovechaban los circunstantes.

La corroblla ha venido ha venido a ser tanto como un acta notarial con la que se justificaba no sólo la veracidad de lo tratado sino el solemne e inquebrantable compromiso adquirido.

Hoy en nuestros pueblos es el grupo de personas que se juntan para celebrar algo o simplemente para charlar y beber en los bares: ir o salir de corroblla, acepción que no se registra en el diccionario Académico actual. El *Diccionario de Autoridades*, publicado en el siglo XVIII lo da como sinónimo de alboroque. En el *Diccionario de la Real Academia* se registran *robrar*: «hacer la robra o escritura» y *robra*: «escritura o papel autorizado para la seguridad de las compras y ventas o cualquier otra cosa», como anticuada.

Alboroque, el don o dádiva que suelen hacer los que se compran o venden a la persona que intervienen en el ajuste del precio, o solicitan el despacho del género que se vende. Y también se extiende a significar el agasajo o regalo que una persona hace a otra por haberle solicitado alguna dependencia, como en agradecimiento y remuneración de su cuidado y trabajo, y lo que se suele dar al maestro u oficial cuando acaba alguna obra, o llevan lo trabajado a su dueño, que vulgar y comúnmente suele decirse estrenas y guantes (hoy también remate, cuando finalizan alguna faena del campo).

El toledano Sebastián de Covarrubias, allá en el siglo XVII, en la entrada correspondiente decía «...entre otras significaciones vale ofrecer dones...». En la Comedia Florinda, escena 39: «Subamos a comer del alboroque».



La vieja noria.

LA NORIA

El elemento árabe fue, después del latino, el más importante del vocabulario español, hasta el s. XVI. Los moros fueron expertos agricultores, que perfeccionaron el sistema romano de riegos heredado de los mozárabes. Del rico y abundante caudal nos dejaron muchos términos de este campo semántico; pero el más importante para nuestra región junto con el artilujo fue la *noria*, *anoria* o *noria* de sangre (que en otras zonas denominan arte). Este artificio, que sirve para elevar las aguas de los pozos, ha sido el medio más utilizado en la horticultura de nuestro territorio. Muchos autores medievales (entre otros el arcipreste de Hita) y renacentistas hacen alusiones a este invento dentro de sus obras.

De la expansión del ingenio por las tierras de Castilla-La Mancha nos habla puntualmente las *Relaciones Topográficas*, redactadas en tiempos de Felipe III. Nos recuerdan las norias de Iniesta y La Roda. Hay mención de ellas (a veces escriben «hanorias») en pueblos manchegos de Toledo y Ciudad Real: Madrideojos, Membrilla, Villanueva de los Infantes, Villanueva de Alcardete y Daimiel.

En las relaciones de Toledo, la alusión a norias va unida con frecuencia a los cultivos de huerta: «güertas que... riegan con anorias» o «pozos de anoria...», en pueblos como Alcabón, Barciencia, Camarena, Casarrubias del Monte, etcétera. Sebastián de Covarrubias, castellano-mancheo, en el siglo XVII la define así: «La máquina de ciertas ruedas con que se saca agua de lo bajo a lo alto en los alcaduces enjeridos en la corona de mimbre». Dice un proverbio: «Alcaduces de anoria, el que lleno viene vacío torna».

Confluyen muchos afluentes referidos a la terminología referentes a las diversas piezas y a lo que le rodea: *Ahijón* (pieza de hierro dentada que se introduce en un extremo del *peón de madera* soportando el rozamiento de éste sobre el muerto), *alcabucera* (soga de esparto que ata las arcaduces o cangilones: recipientes que podrán ser de zinc, hojalata o de cerámica), *ballesta* (trenzado de sarmientos donde se ata el *arcaduz* (con variante etimológica popular como *alcabuz* o *arcabuz*), *crucera* (pieza de madera que sujeta las ruedas del arte), *dema* (madero o arco de mampostería, que va de uno a otro de los lienzos más anchos del pozo), *muerto*, *tejolero* o *zoquetillo* (pieza de madera que regula el rozamiento de la rueda de la noria), *mesilla* (palo de olivo, que va de un mármol a otro y lleva en medio las *maimonas* o abrazaderas por donde pasa el *peón*), *mármoles* (machones de piedra o mampostería colocados a ambos lados del pozo para sujetar la mesilla), *pastores* (largueros de madera o de hierro, que van del brocal del pozo a la dema evitando que los arcaduces se salgan de la rueda del agua), *cañaleja* (canal, normalmente de madera, que conduce el agua de la artesilla a la alberca).

COVARRUBIAS Y EL HABLA DE TOLEDO

Sebastián de Covarrubias Orozco nace en Toledo en 1539. Canónigo de Cuenca, capellán de Felipe III y consultor del Santo Oficio. Hijo de Sebastián de Orozco, quien

recopiló infinidad de proverbios. Además de gran lexicólogo fue muy versado en historia antigua y en las lenguas latina, griega y hebrea.

Escribió el *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (en 1611) que es, junto con el de Nebrija, el diccionario español más importante hasta la aparición del *Diccionario de Autoridades* publicado por la Real Academia entre 1726 y 1739. Prometió un Suplemento al *Tesoro*, que nunca llegó a publicarse. Tiene la gran virtud de saber sacar todo el provecho posible al material de que dispone, que es inmenso. Nuestro paisano escribió también una colección de *Emblemas morales* (1610) y Horacio traducido al español.

En su importante obra se recoge una serie de términos y refranes aún vigentes en nuestra provincia, que fueron por él mamados allá en el siglo XVI. Dejamos que el autor defina, pero con grafías modernizadas: *cambrón*, *cambrонера*, un género de zarza, que se suele plantar en los valladares de huertas y viñas para defender la entrada de los animales, y aun a los hombres y de suyo nace en los *eriazos* (eriales o iriazos) y tierras incultas. Echa unos tallos tiernos, en las puntas ahusados, que se pueden comer y se hace de ellos ensalada. En Toledo hay una puerta que se llama del *Cambrón*, o se dijo por ser la entrada por aquella puerta agria y dificultosa; y de algunos años acá, le han dado nombre de la puerta de Santa Leocadia (hoy de nuevo Cambrón).

Siguiendo al autor: «camellao o cuasi *gamella*, el yugo de los bueyes; *cantero*, el extremo de una cosa dura, como cantero de pan; *cama*: de liebre, la matan donde duerme, o cama de melón, el asiento que tiene la tierra; caída, *chico baque* (pelea simulada como diversión para medir las fuerzas) y gran caída, de los pequeños de cuerpo que hacen gran ruido y estruendo; *calma* o *calmaza*, tiempo en que no corre ningún aire; *cachuelas* (término actualmente en vigor en la comarca de la Jara y oeste de la provincia), entre los cazadores, son hígado, corazón y riñones de los conejos (hoy guiso de matanza a base de hígado, corazón, pulmón y sangre de cerdo); *cocear*, tirar coces, *carmenar* (o escarmenar), limpiar, desmontar y cardar la lana; *carbonada*: carne que después de cocida se echa a tostar sobre las ascuas o el carbón encendido (en el oeste de la provincia se dice de las castañas asadas); *carantoñas*, de él dice que es vocablo bárbaro; tómate por la carátula de aspecto feo, y por la mujer mal encarada y muy afeitada (empolvada), hoy, halagos, adulaciones».

Covarrubias no solo es lexicógrafo, sino que el diccionario nos da aspectos culturales, folclóricos y etnológicos de nuestra tierra; así: *carretón* en Toledo suele significar la fábrica hecha sobre ruedas de carros, donde van por la calle los representantes de los autos (sacramentales, pequeñas piezas teatrales alegóricas o simbólicas, que se representaban en el siglo XVII el día del Corpus Christi, con motivo o asuntos referentes al sacramento de la Eucaristía) el día del señas; salen de la iglesia por una puerta que le dan nombre, y así la llaman la puerta de los carretones.

Interesante, porque puede estar relacionada con la actual predicción del tiempo durante el mes de agosto, es la voz *cabañuelas* que define así: «cierto barrio o arrabal fuera de la ciudad de Toledo, a donde antiguamente los judíos salían a hacer la fiesta de los tabernáculos, en memoria del tiempo que caminaron por el desierto, haciendo cabañas y chozas cubiertas con ramas».

Cuando llega a *cascajal* dice: «el lugar donde echan la casca (hollejo de la uva) fuera del lagar. Los muchachos, en el reino de Toledo, cuando ven por el aire atravesar las grullas que van de paso suelen cantar: Grullas al cascajal, que ya no hay uvas. También cerca de los zurradores (curtidores) vale *casca*, cierta confección de cosas quebrantadas y partidas, como segunda corteza del alcornoque, la cual echan en los *noques* (poza donde se curten las pieles) para aderezar los cueros; cuando queremos significar que algún superior ha reñido a un súbdito con aspereza, decimos que le ha puesto de una *casca* y dos *pelumbres* (mezcla de agua con cal en las tenerías), especialmente si le envía blando y corregido».

Encentar o *escentar* (estrenar una cosa comenzarla, que hasta entonces se estaba nueva, sin haber servido ni aprovechándose de ella); *endilgar*, *encaminar*; *gomitar* y *gomito* (palabras groseras y bárbaras de vomitar y vómito); *granza* (ahechadura del trigo, que salen de entre el grano; granzones, los nudos duros de la paja que no comen las bestias regaladas, y se las sacan del harnero, como hacen las granzas de la cebada).

Inserta en algunas entradas del diccionario, para que sirvan de refrendo, refranes, sentencias o frases hechas como: «Dijo la sartén a la caldera (hoy cazo): quitaos allá negra; quien no mata puerco no le dan morcilla; quien no quita gotera hace la casa entera; yo os lo haré *gormar* (vomitar), vale yo haré que os entre en mal provecho lo que habéis comido, y aquello en que habéis tomado gusto; mee yo claro y una higa para el médico; la más ruin oveja se ensucia en la colodra (barreñón, hondo, en que suelen ordeñar las cabras, ovejas y vacas; también en otros pueblos colodro: recipiente grande para contener vino); la bolsa sin dinero, dígola cuero; el pollo de enero a San Juan es comeder».

DIALECTALISMOS EN COVARRUBIAS

Sebastián de Covarrubias, natural de Toledo, y posteriormente canónigo de la catedral de Cuenca, aprovechó ampliamente su competencia lingüística personal en su *Diccionario de la Lengua Castellana o Española* publicado a principios del siglo XVII. Toledo se inscribe en Castilla La Nueva (hoy Castilla –La Mancha, sin la provincia de Madrid), gran parte correspondiente al antiguo Reino de Toledo, pero el habla toledana se presenta en su diccionario como una variedad popular claramente distinta de la lengua general, cuyo centro se sitúa igualmente en Castilla la Nueva.

Una veintena de palabras y locuciones –es decir, el conjunto dialectal más importante del diccionario– aparecen localizadas en Toledo, y en la mayoría de los casos indica si la voz en cuestión se emplea en todo el reino o sólo en la capital.

Las entradas no sólo nos dan definiciones y acepciones, sino que reflejan costumbres, fiestas, tradiciones, religiosidad, y modos de vivir de Toledo y su reino.

Alfahar: «la oficina del ollero, donde se hacen los vasos de tierra. En Toledo hay una calle donde se vende el barro, y tiene el nombre de alfahar, y al ollero (cacharrero en otros pueblos) llaman alfaharero».

Alguaquida: «La pajueta mojada en alcrehite (azufre) para con facilidad encender lumbre, aunque sea prendiendo en cualquier centella de rescoldo... En el Reino de Toledo de cañahejas (en muchos lugares cañarejas) partidas en pajuelas menudas y atadas por cientos».

Anacala: «En la ciudad de Toledo es la criada de la hornera, que va a las casa particulares por el pan que se ha de cocer y lo trae al horno en algunas tablas o tableros grandes, y después de cocido lo vuelve por su cuenta. Este oficio también en otras partes lo hacen hombres: Anacalo».

Azacán: «Es el que trae o administra el agua. Nombre arábigo usado en la ciudad de Toledo, a donde comúnmente los aguadores son gabachos, y se hacen muy ricos con un sólo jumento o dos».

Bernegal: «Vaso tendido para beber agua; es nombre que particularmente se usa en Toledo. Vaso terrizo o de plata».

Berenjena: «Que comúnmente decimos «verengena»; es el fruto de cierta mata...; en Castilla hay copia de ellas, y particularmente en Toledo, que por usar su pasto en diferentes guisados los llaman berenjeneros, y un proverbio dice “toledano, ajo, berenjena”».

Caosta o *caostrá*: «Claustro, galería de iglesia o convento» (en el DRAE aparece como palabra antigua).

Cigarral: «Finca de recreo de los alrededores de Toledo». EL DRAE la define así: «En Toledo, huerta cercana fuera de la ciudad, con árboles frutales y casa para recreo».

En la conciencia lingüística de las gentes existe —claramente— la idea de que emplea un dialecto fuertemente diferenciado. Consideramos como tales las voces que ya por su forma, ya por su significado o por ambos, a la vez, tienen uso especialmente en Toledo o en el Reino de Toledo; en toda o en gran parte de la región, frente a otros términos del resto del dominio español. De todas maneras, en estos siglos, corría un dicho que, como modelo de buen decir o hablar, rezaba así: «habla castellana/en lengua toledana».

Carretón: «en Toledo suele significar la fábrica sobre ruedas de carro, donde van por las calles los representantes de los autos el día del Señor. Salen de la iglesia por una puerta que le dan nombre, y así le llaman la puerta de los carretones». Para la representación de los autos sacramentales el día del Corpus se disponía de tableros fijos y de unos carros móviles que se adosaban al tablado; con ello se aumentaba la superficie disponible y la capacidad para el juego de la tramoya. Estos carros eran

propiedad del Ayuntamiento, se guardaba en lugares especiales y se preparaban con gran secreto, prohibiendo el acceso a los curiosos, para hacer más eficaz la novedad de los artificios.

Cicial: «el pescado curado al cierzó que es el aire que más seca, de allí se dijo *cición*: la calentura que viene con frío. Es término toledano».

Chavacana: «en el Reino de Toledo, aplicase a unas ciruelas que por otro nombre dicen porcales o harta puercos». Actualmente en Méjico albaricoque y albaricoquero».

Názulas: «es lo mismo que requesón, cuasi natulas, del nombre vulgar nata, porque se hace de la misma materia que las natas». En el DRAE, se registra como nombre femenino antiguo: «en la región de Toledo, requesón, cuajada que se saca de los residuos de la leche después de hecho el queso».

Zarza: «cofradía de los ganapanes (nombre que tienen los que ganan su vida y el pan que comen, que vale sustento a llevar a cuesta y sobre sus hombros las cargas)».

Zalagarda: «el aspaviento y alboroto de gente ruin, que del tropel salen a espantar y atemorizar la gente que está descuidada», propia del reino de Toledo; se conserva actualmente con el significado de alboroto, bullicio.

Zuiza: «en el Reino de Toledo llaman zuiza una fiesta que se hace de la soldadesca, con armas enastadas de alabardas, partesanos, y chuzones».

Otros: *niño de la piedra*: pedrero, expósito; *alcancia*: hucha; *alcomenias*; *chicharra*: cigarra; *estar hecho un zaque*: estar borracho; *esquilón*: campana pequeña; *prieto*: oscuro, tirando a negro.

COMPLEXIÓN FÍSICA

La ciencia y la técnica tiene una terminología propia para nombrar a las diversas realidades que estudia. Tienen validez universal, pero son de ámbito restringido: los especialistas que la estudian. Muchas veces los términos de éstas se generalizan, pero el pueblo continúa utilizando los suyos para hacer alusión a las mismas realidades. Se generalizan las amigdalitis, pero el pueblo prefiere *anginas*; *bizcorneto* en vez de estrabismo; otras veces, al no encontrar en ellos transparencia, trata de hacer asociaciones o etimologías populares como *lapendi* o *pendi*, de apendicitis; *tomatosis* en vez de mixomatosis; *manflorista* en vez de hermafrodita; *chicotécnico* en vez de psicotécnico.

El hombre del pueblo dispone de una gracia especial para dar nombre a las características físicas, defectos, lesiones y enfermedades humanas; gracia de la que carecen las etiquetas terminológicas de la medicina. Se sirve para ello de diversos medios lingüísticos, las más de las veces con carácter humorístico y caricaturesco.

–*Características físicas*:

Dicen *espinilla* a la tibia; *tabla del pecho* al esternón; *morro* o *jeta* a la cara; *papada*, *fafada* o *papo* a la parte inferior de la barbilla; *testa*, *chinostra*, *tiesto*, *crisma* a la

cabeza; *látigos* a los brazos; *paletos* o *paletas* a los dientes incisivos; *húmeda* o *sin hueso* a la lengua; *galguero*, *gñalguero* o *garguero* al esófago; *caña* al hueso largo de la pierna; *arca* al tórax; *pinrel* al pie; *calcañar* al talón; *espinazo* a la columna vertebral; *hinojos* a las rodillas; *andorga* al estómago; *hocicos* a los labios; *soplillos* a las orejas (sobre todo si son grandes); *napias* a la nariz; *barba* a la barbilla; *jaroch* al pelo entrecano, y al pelirrojo *aroch*, *barcino* o *panoch*; o *trefudo* al musculoso.

–Defectos físicos:

Cojitranco, *patachula* al cojo; *tartaja* al tartamudo; *bizcorneta* al bizco o bisojo; *patizambo* o *zambo* a los que tienen las piernas arqueadas; *tirilla* o *escaecio* a la persona delgada; *embarcada* o *tirar la pelota al tejado* a la embarazada; *arzuelo* o *anzuelo* al orzuelo; *velas* a los mocos; *fati* o *mauflas* al de cuerpo gordo; *estantigua* a la persona alta y flaca, desgarbada por su indumentaria; *hastial* al hombre tosco y grandullón; *cuquivano* al estéril; *patas de abadejo* a los que tienen las piernas muy delgadas; *pies de trullo* a los que las tienen muy grandes; *tronchado* o *doblado* al corvo.

CUALIDADES HUMANAS

La complejión tanto en el aspecto físico como en el intelectual del hombre se presta a un variado y rico léxico cargado de figuras literarias y otros recursos, todos con el fin de conceder más expresividad a su discurso diario. Algunos son de ámbito provincial, pero los más son de carácter comarcal o local.

Un manojuelo o muestreo sería el siguiente: al alelado o ensimismado llaman *abisililado*, *abislado* o *mesio*; *aborricado*, al rudo y torpe; al desaliñado y torpe, *afargatón*; el que se enfada o acobarda, *se cisca* o *aciscá*; al listo dicen *carricua*; *currillero* al embustero; al beato, *santurrón* o *santo negro*; *andulero* o *andorrero*, al correcales; *perrero*, al mujeriego; pero el femenino esta referido a la mujer de alegre vida, también denominada *pantalonera*; *lechuzo*, al poco decente; pero también al goloso, al que asimismo llaman *tuto*, *galgo*, *jetón* y *lameruzo*; *baruto* o *balduendo*, al callejero o andorrero; *drope*, al hombre despreciable; *laboritón*, al lioso o liante; *lacerioso*, al avaro; *cuco*, al que sabe mucho de una cosa y no la dice; *charrán*, al achulado; *nabolena* a la mujer inquieta y dominante; *bacinilla*, al alcahuce, y *casamentera*, cuando es la mujer; *pisaverde*, al enamorado o al que tiene muchas novias; *zaragatero*, al alborotador; *aclicar*, a la acción propia del adulador; *pico de oro*, al hablador; *picotero*, al chivato; *sinsoleo* o *sinsolé*, al sosón o bobón; *solocho*, al tonto o simple; *talabarta*, a la persona insignificante y sin personalidad; *trápala*, al embaucador y embustero; *zamacuco*, al hombre bruto; *zampa* o *zampón*, al que come mucho; *zarrío*, al que es tosco; *zorrocotro*, a la persona difícil de conocer; *bolo* o *bolazas*, al bolón, incrédulo.

El pueblo se sirve de unas series de metáforas, comparaciones, exclamaciones y frases expresivas, que se convierten en discurso repetido o fosilizado; pero que en determinados momentos le sirve para apoyar, resaltar, confirmar o aclarar cualquier enunciación, emoción o apelación de cara al interlocutor; normalmente estos recursos son tomados de las observaciones y experiencia de objetos, cosas animales y personas del entorno.

Como muestra del ingente número y variantes sirvan las siguientes: *Ser más bruto que un cerrojo, cermeño, arado, o alcornoque; ser más listo que el hambre; hablar más que un sacamuelas; ser un cataguisados; ser más tonto que Abundio* (o cualquier otro apodo, o nombre local); también las frase contraria: *ser más listo que el hijo del tío Bragas; ser más bolo que Anchuras; ser más exagerado que el pan de avena; ser un aragonés* (bruto); *ser una caballería; ¡valla un liebre o perillán!* (pillo); *¡Qué cacho perro!*; *¡Vaya lagarta!*; *¡Vaya una guitarra!*; *tener el alma como un caballo; andar como un vilano* (se dice de la persona de excesiva acción).

NOTAS SOBRE «BOLO»

Bolo es el gentilicio familiar, con que somos designados todos los toledanos; así nos llaman las provincias limítrofes a Toledo: la provincia del bolo.

Pero a pesar de la difusión del término, no se recoge en ningún diccionario esta acepción, a excepción del *Diccionario Manual e Ilustrado de la Real Academia Española*, edición del año 1989, coordinado por Alonso Zamora Vicente.

El vocablo es general de los hablantes de la provincia; pero también se registra en pueblos de la provincia de Ciudad Real, que lingüísticamente hablando son toledanos: Retuerta del Bullaque, Navas de Estena, Horcajo de los Montes y Anchuras.

Rica es la variedad de tonos con que cuenta este significante, muchas veces dependiendo del contexto y la entonación: *¡Qué bolo!*; *tonto el bolo* (tonto en grado superlativo, sin remisión); *cacho bolo* (crédulo); *¡que no, bolo!* (réplica o corrección); *¡que sí, bolo!* (reafirmando o recalculación cariñosa de una aseveración).

Las frases o construcciones verbales, asimismo, son abundantes: *¡Será bolo!*; *tocarse el bolo* (vaguear, zanganear); *ser más bolo que Anchuras; ser más bolo que Blas o bolo Blas*; *¡tócate el bolo!* (fastídiate); *meter el bolo* (no hacer trabajo que corresponde a uno mismo, cargándose a otro); *estarse con el bolo colgando* (frase que denota desidia o torpeza); *¡me vas a tocar el bolo!* (me vas a fastidiar); *llevar el bolo entre las patas* (ser un vago o un gandul); *¡no me jodas, no seas bolo!*

En cuanto a los adjetivos podemos encontrar *bolazo, bolón, bolonazo* (con un marcado carácter de grado superlativo). Las mujeres siempre son más eufemísticas y utilizan el afectivo *bolis*.

En el repaso histórico el *Diccionario de Autoridades* del siglo XVIII recoge las expresiones: *dar bolo, ser bolo*, y dice así: «en el juego de las cargadas (juego de

naipes, en que el que no hace haz a es bolo y pierde, y cuando todos los que juegan hacen bazas, el que tiene más, por estar cargado de ellas, pierde también) *dar bolo* es hacer uno todas las bazas, y ser bolo es quedarse sin hacer alguna, mediante lo cual pierde calidad, que se paga aparte, y también el juego». En el siglo XVII Gonzalo Correas en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, y en la *Picara Justina*, del licenciado Francisco de Úbeda, se recoge la siguiente frase: «*bolos son diablos*, que se usa cuando sucede alguna cosa no esperada, y que sale felizmente, o cuando alguno intenta algo, fiado de una casualidad dificultosa, por si puede acontecer y dar éxito a lo que solicita».

En la Comunidad Autónoma de Aragón llaman así a la almohadilla prolongada y redonda o mundillo en que las mujeres suelen hacer los encajes de bolillo.

EL APODO: SEÑA DE IDENTIDAD

Vamos a equis pueblo. Preguntamos por equis persona, dando el nombre y los dos patronímicos obligatorios que le acompañan. Poca compañía le hacen, pues a la hora de identificarle le abandonan.

Pensemos: ¿Qué es lo que le identifica? El mote o apodo, nombre propio, que todavía no ha perdido su caracterización y, por tanto, sirve para localizar o cumplir una función deíctica en el espacio o en el tiempo.

Sí, es verdad que la gran mayoría de las personas se sienten denigradas por la transparencia (no todas las veces) que lleva consigo el significante que todavía no se ha divorciado de su significado o de su referente. Pero, ¿por qué molestarse?, si nombres propios como *Claudio* significa ‘cojo’; *César*, ‘melenudo’; *Balbino*, ‘tartamudo’; o los apellidos *Cabrero*, *Borrego* o *Borreguero*, *López* (de lupus, lobo), *Rufo* (de color rojizo). El apodo viene a ser como sinónimo de nombre de una persona o familia.

En efecto, según el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*: «Nombre que suele darse a una persona, tomado de sus defectos corporales o de alguna otra circunstancia».

De acuerdo con esto, el mote tiene la misma naturaleza en el ámbito local, que el nombre de pila; es más con frecuencia se le prefiere a éste. Bastará con preguntar, por ejemplo, por *Tachuela*, el *Cabezamartillo*, el *Pocarropa* o el *Pisatierra* para que sean identificados sus poseedores sin necesidad de mencionar los apellidos.

Esto tiene una justificación histórica. En el *Gran Larousse Universal* leemos: «el sobrenombre o apodo relativo a lugar o pueblo de procedencia (*Bargueño*, *Maño*, *Gallego*, *Toledano*, *Galveño*, *Murciano*, *Zamorano*, *Catalán*, etc.) a algún defecto o característica física (*Negrillo*, *Cojo*, *Rubio*, *Gordo*, *Grueso*, *Cabezón*, etcétera), fue origen de muchos apellidos entre los siglos X y XII.

Este sobrenombre lógicamente, viene dado por terceros. Nadie se calificaría a sí mismo: *el Pelao*, *el Salvaje*, *el Gato*.

El apodo puede ser personal (María *Chisme*, el *Perdigón*, el *Pollo*, el *Chivo*) o puede afectar a toda una familia, pudiéndose asegurar entonces que sus descendientes lo heredarán inevitablemente: los *Gallos*, los *Bichos*, los *Perrogordos*, los *Quemaos*...

La mayor calidad de apodos que encontramos nos ofrece una descripción física y moral de personas, según un concepto mayoritariamente negativo.

En efecto, frente a aquellos que expresan aspectos físicos positivos como el *Colorao*, *Bigote*, los *Chaveas*, se acumulan los que presentan cualidades claramente negativas: los *Rabones*, el *Mochó*, el *Coco*, los *Cuatrodeos*, *Quemaos*, *Chatos*, *Jorobas*, *Patachulas*, etcétera.

MAS SOBRE LOS APODOS

Los romanos disponían de «tria nómima» (tres nombres), a los que a veces, si el joven era adoptado a fin de conjurar la amenaza de extinción, se añadía el nombre de su «gens» de procedencia (agnomem).

En el ámbito latino lo más normal es el triple sistema onomástico: el prenombre, que se ponía a los niños a los nueve días de su nacimiento y adquiría valor oficial cuando el adolescente vestía la toga viril; son de gran pobreza frente a la riqueza imaginativa, esmaltada de metáforas, de los nombres individuales celtas y germanos; el nombre (nomina), que a veces revela un primitivo apodo expresivo: *Fabius* (de *faba*, «haba»), *Porcius* (de *porcus*, «cerdo»); y sobrenombre (cognómima), que son, en realidad, verdaderos apodos o motes que reflejan con más aproximación que los otros dos nombres, la psicología popular romana.

Actualmente, los apodos son verdaderos sobrenombres. La mayoría de éstos contienen alusiones de matiz metafórico o metonímico, generalmente irónico, al aspecto físico, a defectos, deformaciones y lesiones, ya que el nombre rural dispone de una gracia especial para hacer alusión a lo que observa: el *Morenito*, el *Crecío*, el *Tripón*, *Tirillas* (delgado), *Zocato* (zurdo), *Baba*, *Pellejitos*, *Lagaña*, *Zarco* (de ojos azules), *Cojito*, *Hueso* (delgado), *Pelonas*, *Verruga*, *Tripaancha*, *Chato*, *Cabezón*, *Cano*, *Cocones*.

En otras ocasiones, están motivados por la complexión o características físicas, referidas a singularidades del comportamiento de virtudes o defectos del vecino: *Mansos*, *Carpañas*, *Zorocho*, *Miserias*, *Malaboca*, *Caganchas*, el *Morío*, *Farraguas* (comodón), *Sansanito*, *Picoloro*, *Astutas*, *Güevazos* (gandul), *Santina*, *Fatigas*, *Chivoloco*. Un grupo importante de apodos son motivados por los oficios y diversas profesiones que un grupo persona practican.

Algunas de estas actividades están en vigor: *Platero*, *Frutalero* (frutero), *Pescadero*, *Panadero*, *Tabacalero*, *Barbero*, *Monaguillo*; otras, sin embargo, han caído en desuso o han desaparecido: *Esparteros*, los *Rabadanes* (mayoral del rebaño), *Gallinero*, *Chivero*, *Ollero* (el que hace ollas y orzas), *Guarrero*, *Herrador* (el que hace herraduras a las caballerías), *Serenos*, *Canteros*, *Arrieros*, *Rejerillo* (el gañán que iba a la fragua a aguzar las rejas del arado y vende los torrados), *Cacharrero* (alfarero).

No faltan los referentes a los seres del reino animal, en general, ya domésticos, ya salvajes, que giran en nuestro entorno vital: *Buche, Moscas, Lagarto, Paloma, Colorín, Lobo, Rabilargo, el Mochuelo, el Pollo, Gato, Rañas, Burraca*, los *Potras*, los *Mariposas*, los *Chotos*, los *Pichones, Perdigón, Cabrita, Zorros, Jabalíes, Conejo, Ciervo, Cuclillos*.

GENTILICIOS Y APODOS

Ya sabemos que es difícil hacer un artículo hablando de una región, comarca, o pueblo y encontrar a mano el nombre de sus habitantes. Los diccionarios fallan en la inclusión de los gentilicios.

En la provincia es clásica la rivalidad entre las dos ciudades más importantes: Toledo y Talavera. Por eso no debe extrañar que haya también competencia localista entre villas, pueblos y hasta pequeñas aldeas y alquerías y unos a otros se motejen con dichos, refranes y coplas llenas casi siempre de mala intención, pero también rebosando a veces gracia y picardía.

Las relaciones de cercanía dan lugar a tratos y rozamiento que muchas veces se traducen en expresiones favorables o adversas, con arreglo al criterio casi siempre personal y no siempre justo, del que la fórmula hasta hacerse personales.

Nuestro viajero comienza su andadura por la geografía toledana; de oídas sabe que nos tildan *la provincia el bolo* (expresión e interjección muy nuestra) y que a los de la capital antiguamente llamaban *berenjeneros* y hoy *los de hueso dulce*, como el alabaricoque famoso. Se ha trazado un itinerario alfabético.

Comienza el camino: Al acercarse a Aldeanueva de Barbarroja y Mohedas de la Jara, se escucha que a los aldeanovita llaman *mijinos* o *mojosos* (mohino); sigue su caminar y oye que *ajofrinero* llaman al de Ajofrín; *alamedano*, a los de Alameda de la Sagra; *alcabonense*, a los de Alcabón; *alcardeteño* o *villanuevero*, a los de Villanueva de Alcardete; *alcaudetano* o *jareño*, a los de alcaudete de la Jara; *jareño*, a los de aldeanueva de Barbarroja; *almendraleño*, a los de Almendral de la Cañada; a los de Almorox; *añooverano* o *añooverero*, a los de Añoover de Tajo; *bargueño* y *testerón* (bruto a los de Bargas; *belviseño* o *belvisano*, a los de Belvís de la Jara; *borojeño* o *boroxeño*, a los de Borox.

LA SEMENTERA

Por San Miguel (29 de septiembre) se hace la contratación laboral, los llamados *gañanes* o *mozos del año*.

Se ajustan con los amos acordando la cantidad monetaria y otra parte *en especie*, *hatería* o *amiaga* en La Mancha (tocino, garbanzos, pan, aceite, un par de abarcas y un capote o manta de Pedro Bernardo), además de un pequeño *pijuar*. Otros han sido *aviaos* o despedidos.

Da comienzo la *sementera*, *simentera* o *cimentera* por aquello que dan fe los refranes: «*Llegado San Miguel, sementera es hasta San Andrés*». «*Por San Andrés sementera es*»

Anteriormente se han realizado operaciones nutricias de *barbechera* o *barbecho* a las que dicen *barbechar* o *hacer barbecho*, preparar la tierra para la siembra; se aplica también a todas las labores, en general y a la última antes de sembrar, en especial. Previamente la tierra se ha tomado un descanso y reposo merecidos: se deja de labrar y queda *en posío* (tierra sin labrar durante varios años) o *de iriazó*, *eriazó*, *ariazó* o *erial* (variantes reconocidas en el ALEP), también la voz *abedríó* o *albedríó*. Ya los romanos aconsejaban como operaciones agrarias para un buen barbecho las de *alzar*, primera labor que se realiza en una tierra, *dar la primera reja* o *vuelta al rastrojo* o *restrojera*. El refranero nos dice: «*El que alza en enero al amo caballero, y, si antes, caballero con guantes*». También recomendaban *binar*, *terciar* y *cuartar* o *cuartear*, operación rara esta última. Parece ser que también los árabes practicaban estas labores preparatorias en la sementera. Los amos y criados por su experiencia decían: «*ara blando y ara duro, si no quieres oler a tu suegro el culo (o no tendrás que oler a tu abuelo el culo)*».

Los *gañanes* salen del lugar con las yuntas de mulas o bueyes. El tiempo está *azorado*: no está ni raso ni nublado.

Hace un tiempo *de toñá* u *otoñada*. Unos llegan enseguida al pequeño trozo de tierra cercano al pueblo y de pequeñas dimensiones: la *herrerén*, o la más normal, la *ren*; otros tienen que recorrer distancias más largas para llegar hasta el *haza*, o hasta el *pijuar* o *pegujal*. Si la *suerte* o el *piazo* están muy lejanos, se duerme en el *atalanto* o *labrancilla*; también en el *bombo* o chozos semicirculares de piedra.

La tierra a causa de las pasadas lluvias temporales propias de la estación, se encuentra *aguanchada* o *enanguarchada*, pero esta adversidad no impide la faena. Se surca *amelgas*, *melgas*, *mergas*, *mielgas*, o *tableros* y *aciriatas*, guías o señales que se tragan para abonar y tirar la semilla: *amelgar*. Trazado el norte, el labrador con su sembradera de costal va cansinamente lanzando el grano: *sembrar a voleo* o *sembrar a puño*.

Detrás de él va *arroyando* o cubriendo el grano con el arado otro *gañán*.

LA SIEGA

Ha llegado el día de San Juan, fecha mágica de nuestro folclore y tiempo clave para la *siega*; las cebadas ya han dado la cara, o sea, ya están en sazón; es el momento de comenzar la recolección de la *mies*, *miesa* o *miensa*; los *trrdíos* empiezan la *granazón* y el trigo del país, aunque todavía *enzurronado* o *en leche*, se mece blandamente acariciado por el suave viento.

Algunos labradores de pocos posibles, en esos días, ya han cosechado un poco de cebada para dar de comer a las caballerías; es *la parva del hambre*.

Una vez los frutos maduros, los amos, sobre todo los pudientes precisan de braccros para la recolección lenta de tres meses.



La siembra.

Los peones del lugar son insuficientes y, además, han de reservarse para determinadas faenas con el *acarreo*, *trilla* y *limpia*, en una especie de división del trabajo impuesta por la larga duración de la campaña.

Hacen falta *segadores*. El patrón baja a la plaza pública para contratar las *cuadrillas*, bien a *jornal*, que entonces se pagaba a duro, bien a *destajo* (éstos eran destajeros), contrato de trabajo, puramente verbal, fiado en la nobleza de ambas partes, es a tantos *riales* por *fanega* o *hanega* de tierra y además cuando el amo era poco pudiente se pagaba al trabajador *en grano*, que podían ser garbanzos, trigo, etc., añadiendo a aquél el compromiso de la comida consistente casi siempre en gazpachos y cocidos u ollas con abundante tocino, que llamaban a *pan* o a *pan comer*.

Muchos de ellos venían de las regiones gallegas o de las altas tierras de León (sobre todo, en La Sagra).

Hay que preparar las *hoces* normales y dentadas que se fabrican en La Mata, los *hocinos*, hoz más pequeña que consta de cuchilla y mango, para cambiar la herrumbre u orin por el gris acero. A continuación hay que *engrasar* o *untar los arreos* con tocino o manteca de cerdo cuajada, sacar de los *colgadizos* de las labranzas, los *aperos*, como los *dediles* o *deilles* de caña o cuero, las *morlacas*, dedil de madera que se coloca al segador en la mano izquierda protegiendo de la hoz los dedos meñique, anular y corazón.

Han acabado las fiestas de San Pedro y San Pablo. Los segadores, tanto a jornal como a destajo, acuden por la mañana temprano a la casa del amo, la primera de las pocas ocasiones en que la pisan, conjuntamente con el día de Santiago, en que el amo les invita a una limonada y a otras viandas, el día 15 de agosto o el día la Virgen y el día del remate o partida, en el que celebran su fiesta y se despiden llevándose el pan, una barra o borrego, además de los *riales* o duros a que ascendió el importe de su trabajo.

Parten hacia el *piazo*, *cacho*, *tajo* o *corte* con la impedimenta del *avío*, una ligera muda y los objetos propios del oficio. Van con la clara del día, medio somnolientos, pero con alegría cantando canciones de amor y de siega, acompañadas por el bronco sonido del *caracol* o *cuerno*.

Llegados al *piazo*, allí improvisan el *hato*, donde se alivian del peso de la carga; dejan los *costales* y las *alforjas*, de donde sacan la *manejera* o *manija*, que designa el conjunto de dediles, el *mango* y la *pantómetra*, manga postiza de correa que usa el segador para proteger el antebrazo izquierdo y la *zoca* o *molarca*.

Se ponen los *mandiles* o *mandillos* con petos hechos a base de la hasta tela de los costales; otros, sin embargo, prefieren utilizar unos *zahones* o *zanjones*, especie de delanteras de cuero o de costal.

Ponen a punto el filo de la hoz y sacan de las *aguaderas* los *cántaros*, *botijos* y *zaques* que intentarán apaciguar y calmar la intensa sed; para ello algunos segadores se ha apresurado a preparar la *gazpachera*, recinto o cobertizo hecho a base de haces para proteger los líquidos del agobiante calor, allí dejarán también la hortera para el gazpacho,

la *ascuilla* o *escudilla* de barro para el cocido, la *aliara*, *liara* o *liaro*, cuernos huecos de toro que contienen el aceite y el vinagre y la salera de corcho.

Se ponen la indumentaria, después cogen la hoz y la madeja o madejilla de *ataderos*, *atairos* (palabra mozárabe característica de la zona centro de los Montes de Toledo, *vencejos* o *izcales*, que pueden variar el número, pero en varias zonas de la provincia suelen constar de veinticinco unidades. Lo normal es segar *en encanchao*: cada segador lleva dos lomos, pero en la viña del Señor hay de todo; a los más flojos o bigardos les convenía segar *en yunto* o *en ducha*, ya que los buenos les echaban una mano o esquite y podían dar cuatro o cinco *voleos* que aliviaban la desidia de aquellos.

Dependiendo de las comarcas o zonas se siega a *puñado*, a *puño* o *revoltura*; otras, a *manada* o a *maná* formada de cuatro o cinco *puñaos*, y ocho *manás* forman un *haz* que es atado con el *atillo* ayudado con la *hoz* o una *horquilla*.

Llegamos a las eras del pueblo, unas dos horas después de la sazón del sol canicular, y, aunque tenía poca altura sobre el horizonte se podía presidir un calor de fuego de horno.

Los segadores sudorosos *hacían la llave*, vuelta que se da cada puñado o haz de mies.

Si se cosechan garbanzos o algarrobas hacen *gavillas*. A veces se deshacía un haz sin romperse el atadero, a esta acción se daba distintas denominaciones: *parir (se)*, *reventar (se)*, *esfaratarse*, *desgovernarse*, *escabezarse*. También cuando no se guardaban la proporción se decía *hacer o estar un haz culón*, siempre que tiene este más mies en un lado que en otro.

El bracero iba segando formando *gavilleros*, conjunto de *puñados* o *manadas* que luego ataba; antes de ser transportada la mies formaba *hacinas*, *cinas* o *tresnales*, conjunto de haces en disminución en forma de pirámide; los residuos de las cañas de la mies que quedan en el «*piazo*», después de segar es *el rastrojío*, *rastrero* o *arrestrojera*.

Se segaba de sol a sol, con breves intervalos de descanso; los *segadores a destajo* o *destajeros* llegaban a segar con la luna hasta la una de la noche.

Un personaje clave era el hatero, *jatero*, *hernandillo*, *hernandilla* o *nandillo*, joven o mujer encargados de llevar el avío o apaño, comida de los segadores consistente en gazpachos y cocidos.

En el *cargadero* los carros cargan la mies y la trasportan hasta la *era*, *aira* o *eira* (estos últimos, términos mozárabe en la zona centro de los Montes de Toledo), a esta acción se le llama *acarrear*, *sacar* o *arrimar*. Igualmente podía ser transportada a lomos de caballerías sirviéndose de *angarillas* y *jamugas* o *jamías*. Los haces son sujetados con el *garabato*, instrumento de hierro cuya punta está vuelta en semicírculo o palo de madera dura que forma gancho en el extremo.

La era podía ser empedrada, sobre todo, en zonas montañosas; tomaba la forma circular u ovaladas (algunas veces cercanas a los pueblos; nos quedan topónimos como la *Eras* o *Erillas*). En grandes propiedades no tiene forma fija: es una amplia zona de

terreno que suele dividirse en dos partes: en cada una de las cuales se trilla una *parva*, mientras en la otra se efectúa la limpia del grano. En otras zonas solían ser *terrazas* o *terreras*, endurecidas con un *rulo* o con un *pisón*.

LA TRILLA

Los carros de labranza, bien cargados a los que denominan *balumbo* o *galumbo* están entrando en las eras y descargan la mies.

Los montones de bálago se extienden o «*restienden*» con una *horquilla* de madera de tres dientes para ahuecar los haces y quedar preparada la faena de la trilla. Innumerables *gurriatos* picotean sobre la *miesa* o *miensa*, no siendo raro verles cazar algún insecto como los *saltones*, mientras escandalosos vencejos, cruzan en rápida bandada, con su característica chillería.

La era está delimitada por el *pretil*, *cantero* o *canteiro*, piedras que impiden que la parva se salga de la era.

El parvero y el trillador para guarecerse del fuerte sol, *calorina* o *canícula* han construido un sombrajo a base de palos y ramas: el *gango* o *guango*, que también sirve para proteger las viandas y el agua de los cántaros y botijos.

Formada la parva o emparvada la mies, se preparan las *trillas*, normalmente (según zonas, en otras al revés), de mayor tamaño que el *trillo*, que podía ser tirado por una sola caballería, mientras que aquella era arrastrada por dos mulas o borricos.

La trilla en su base está empedrada de *pernales* o *pedernales* cortantes; también las había de *cuchillas* y *serretas* o con *ruedas dentadas*. La parte delantera curvada es la *nariz*, de ella salen las *tarangallas*, balancín de madera con una anilla en el centro, llamado *herrón* que sirve para enganchar las caballerías a través de unas *gangas*, *tiras* o cadenas. En la parte trasera solían llevar dos ganchos para volver la paja.

Asimismo preparan los *bieldos*, *biernos*, *biendos*, *bierlos*, *bielgos*, instrumentos para *aventar* o *heldar* compuesto de un apalo largo, de otro de unos treinta centímetros de longitud atravesado en uno de los extremos con cuatro dientes.

El femenino *bielga* o *bielda* es de mayor tamaño con seis u ocho dientes: sirve para cargar la paja en los carros.

Terminado el almuerzo los trilladores enganchan y empiezan a resbalar las trillas, que dan vueltas y más vueltas sobre la mies cortando la paja (*espajar* o *esparpajar*) y desgranando la espiga del *vaso*, *cascarilla*, *cáscara* o *zurrón*.

Cervantes en el *Quijote* (1,25) nos da una imagen costumbrista de esta faena:

«Pero bien considerado, ¿qué le ha de dar a la señora Aldonza de Lorenzo, digo a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan a hincar las rodillas delante de ella... Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella *rastrillando lino*, o *trillando en las eras*». Más adelante (1,31) :



La trilla en la era.

«No la hallé –respondió Sancho– sino *ahechando* (limpiar con harnero o criba el trigo u otros cereales) dos *hanegas* (fanegas) de trigo en un corral de su casa».

«Y si miraste, amigo, el trigo ¿era *candéal* o *trechel*?» (el trigo candéal es el que da la harina más blanca: el trechel es de mucho peso y producto; y el rubión de granos dorados).

«No era sino *rubión* –respondió Sancho–».

«Pues yo le aseguro –dijo Don Quijote– que, ahechado por sus manos hizo pan candéal, sin duda alguna...».

Los trilladores, después de la monótona carrera circular, terminan la faena y desenganchan las bestias de la trilla. Se disponen a comer una frugal y ligera cena: un gazpacho o «*agüaíll*». ¡Van buenos!, o sea, van cansados y se disponen a dormir entre los haces de la era, mientras contemplan el brillar de las estrellas. Es necesario dormirse pronto porque a la mañana siguiente hay que levantarse con el *lucero de los trilladores* o *lucero del alba*, pero a su pesar son inquietados continuamente por los picotazos que producen los *vigoleros*, *vihueleros*, *vigüeleros*, *violines* o *picateles*. Algunos para evitarlos se han provisto de plantas aromáticas como la *mistranza* o *maestranza*, la *romanza* y *poleo*.

Llegan los primeros rayos de sol; la *gañanía* se despereza, se lava un poco y se prepara para coger fuerzas comiéndose la *olla* o *cocido*.

Después unos se dedicarán a extender una nueva y especial parva: el *tranquillo* o *tranquillón*, mies o miensa compuesta de trigo, cebada, avena, etc.; otros a amontonar o juntar la parva trillada formando montones, que llaman *peces*, bien en forma alargada, bien en forma cónica; para ello se sirven de un *rastro* o *rastra*, tablón ancho de dos o tres metros de longitud y unos sesenta centímetros de alto que tirado por caballerías sirve para recoger la parva, también se le denomina *rastro de caballería*, de mulas o grande; igualmente se ayudaban de un *rastro de mango*, manual, *rastro chico* o *rastrillo*, tabla de madera ligeramente curva, de un metro aproximadamente, con un mango que maneja al labrador y sirve para recoger la parva.

LA LIMPIA

Se ha llegado a la última fase de la recolección, y es preciso aventar el grano. Vemos a los labradores que madrugan con el canto del gallo, porque hay que aprovechar la luz del día, ya que la labor resulta lenta y el tiempo disponible va menguando de acuerdo con el dicho que les enseñaran sus antepasados: «*Sañ Bartolo amecha candiles*» (24 de agosto), y por que las aguas y las tormentas se echan, según el refrán: «*por San Bartolomé agua en él*». En el *Quijote*, el protagonista, dice acerca de Dulcinea (1,31): «¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?».

«Cuando yo se la iba a dar –respondió Sancho– ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo, y díjome: Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de *acribar* todo lo que aquí está».

El labriego coge el bieldo o bierlo y comienza a *aventar, beldar, ablandar, limpiar, espajar* el grano o *chocho* de la paja. Se va formando un nuevo montón cónico con el dorado pan, al que también dicen *pez*, separado de la parva y paja amontonada por la *carrera*: espacio que separa la paja del trigo: *abrir carrera*.

El gañán tenía que comprobar los vientos que le fuesen favorables: el *ábrego* (procedente del sur), el *solano* (del este), el *gallego* del (noroeste); a veces tenía que aprovechar, si había viento, la noche sirviéndose de la luz de la luna.

De vez en cuando el aire jugueteaba hacia sus paradas, o se echaba el aire, que eran tomadas con santa paciencia, o soplaba en dirección distinta, lo que obligaba a cambiar la posición de los limpiadores.

Los criados y, sobre todo, los amos se malhumoraban cuando encontraban *granzas, grancias* (residuos de paja larga que quedan de los cereales cuando se avientan o criban), pajotes o bálagos, que eran depositados en el *balaguero*; pero mucho más cuando los trigos *cabezorros* y *moros* o *morunos* no desprendían el *corzuelo* o *cozuelo*: vasillo con cáscara que tiene el grano y no se ha desprendido, después de ser trillado; posteriormente tiene que ser retrillado y relimpiado, y sólo sirve para los animales (sobre todo, para las gallinas); más preocupante era la aparición de *anegas, aneguillas*: semillas negras que se mezclan con el trigo y otros cereales.

Cuando lo creían conveniente, al montón de trigo daban un *baleo* con la *escoba de balear* (quitar los tascones o paja gruesa del trigo, cebada y garbanzos), que podría ser de *cabezuela*, de *tamuja*, de *baleo* y de *año*, pasándola por el *faldeo*.

EL GRANO

Se forman torreones de nubes, comienza a tronar: «*Tocqn los tambores los angelitos*». «*Los angelitos juegan a los bolos en el cielo produciendo el redoblar del trueno*». Son explicaciones infantiles a fenómenos naturales, de modo sencillo; pero no por ello menos poéticas. Arrecia la tormenta, y se tienen que proteger los limpiadores de la *pedra* (granizo), rayos y centellas. Al rato escampa y sale el Arco Iris, como cumplimento de que nunca más habrá un diluvio universal: «*Cuando llueve y hace sol, sale el arco del Señor*».

Para la última operación de *limpia* se servían de palas de madera: *palear* para quitar las últimas pajas; también utilizaban *cribas, zarandas* o *barandas, harneros* y cedazos, con las que *cribaban* (quitar los tascones) o *harnereaban* (quitar la tierra), cada uno de ellos con distinto espesor en su entramado.

Tradicionalmente, la cosecha de cereales y leguminosas solía ser calculada en la misma era, utilizando medidas de capacidad para áridos, como la *cuartilla*, especie de cajón en el que cabe la cuarta parte de una fanega y tiene forma de trapecio. Relacionado con ella está la *media fanega* y la *fanega*; también el *celemín* y *medio celemín*.

Era costumbre medir las legumbres con *colmo*, o pesar los productos «*corridos*» (la balanza o romana marca más de lo debido por el pilón): cantidad que cabe en la

vasija hasta que se vierte o derrama; en cambio, los cereales se miden rasos: después de llena la cuartilla se pasa el *rasero* rozando los bordes de la misma: tal operación es *rasar* las medidas, *pasar* o *echar* el rasero.

El grano es envasado en costales, recipiente de tejido para transportar el grano de la era a la *troje* o *cámara* (en algunas zonas de la provincia es una medida de capacidad equivalente a fanega y media o siete cuartillas. También los hay de dos fanegas o sacos, que eran cargados en un carro para ser posteriormente almacenados o conservados en el *granero*, *sobrao*, *doblao*, *cámara*, *silo*, *troje* o *atroje*, que alude al edificio o parte del mismo; a esta labor se le dice encerrar el grano.

Esta misma operación o *carguio* se realiza con la paja: los carros para que esta no se cayese revestían sus laterales de esteras de esparto, además de ayudarse de artilugios para una mayor capacidad de la carga como estancas supletorias y redes en sus extremos; pero el más curioso en la zona suroriental de la provincia de Toledo es el *miriñaque* o *meriñaque*, entramado y bastidor supletorio de madera que sirve para ensanchar o ampliar la caja del carro que transporta paja o mies.

EL ACARREO

Sonaban lentos y acompasados los cencerros, de gruesa capa de hierro con la junta remachada, que colgaban, mediante un gran collar de duro cuello rígido y potente de aquellos bueyes uncidos.

El auténtico *yugo* diferente del *ubio* o *lubio* de costillas unía su *testuz* a la *viga* del carro mediante una maraña de correas (*correo*) que ataban a los cuernos. Lentos y acompasados sonaban los *zumbos*, porque en su caminar no había prisas, y destacaban en el silencio de los campos, cuyo conductor marchaba delante de la yunta. Llevaba una larga vara de fresno (la *llamadera* o *llamaira*) sobre el *kombro* que servía de guía para marcar el cambio que debían seguir los animales.

En otras zonas para acarreo se utiliza el *carro de lanza*, *pértiga* o *pértigo*, o el *carro de varas* del que tiraban dos o tres mulas (la *reata*), guiadas por un burro al que llamaban *perico*; este carruaje tenía un doble fondo enganchado a la *escalera* o caja con cadenas que decían *bolsas* o *alforjas*.

El viaje hasta el pueblo, a veces, era largo. Esto hacía que al *gañán*, que conducía el carro, le entrara *soñarrera* por el *chapetear*, sonido que produce el carro bien nivelado. Pero esa monotonía, algunas ocasiones, era rota a causa de un *volcazo* o vuelco del carro producido por el desnivel de tierra u *hormazo*, lo que hacía que cediesen las *acarreaderas*: sogas largas con las que atan las cargas, y la *soga del colmo*, además del *ruedo* o red de esparto, solventada la adversidad, una vez que aprieta o tensa más fuerte con el *torno* las *sogas*, que ajustan la carga, el carretero continúa su camino tarareando en su aburrimiento algunas coplillas aprendidas de sus abuelos:

«Esquilones de plata,
bueyes rumbones,
esas sí que son señas
de labradores».

«Madre, cuando voy al campo,
se me olvidan los ramales,
pero no olvido una niña
que habita en los cigarrales».

Llegan al pueblo, desenganchan los bueyes y las caballerías, y se disponen a dormir, para al día siguiente madrugar y comer unas migas, mientras cantan:

«Levantaos, labradores,
y preparad las cucharas.
San Isidro está en la iglesia
con las migas preparadas».

Después de coger fuerzas *echan de mano*; se disponen a *entrar, meter* o *encumbrar* la paja en el *pajar*; antes de ello es descargada con la *bielda, hielta, bierna, bienda, bielna, bielga* y transportada hasta el *boquerón, boquera, aventadero* o *piquera* (agujero por el que se mete la paja), ayudándose de *angaripolas, angarillas* o *parihuelas, redes* o *esteras*; otras veces se servía de *haldas, hardas* o *sacas*, además de mantas o *lenzones* de las aceitunas y de *canastas* y *vagas*. Posteriormente era almacenada y *encumbrada* hasta el techo del pajar, donde había un agujero o claraboya en el tejado, que permitía pasar la luz solar.

DE GASTRONOMÍA CAMPESINA

Rica y variada es la gastronomía en toda la provincia de Toledo. Son comidas fuertes y de muchas calorías para soportar los múltiples esfuerzos e inclemencias del tiempo por parte de campesinos y pastores.

Los gañanes bien andando, bien subidos en los carros o caballerías, después de cambiarse la ropa o mudarse en el pueblo, marchan hacia el campo para permanecer otros quince días, sin acudir al *lugar*. Llenan consigo el *avio* o *hato* con todo tipo de viandas. Muy de mañana llegan a la *casa de labranza, juhio* o *bohío, o atalanto*; descargan todos los *aperos* y *achiperres*. Antes de ir al tajo o corte, preparan el *aguaillo* o gazpacho, también en otras comidas: *aguachildre, aguachirle, aguachirre, aguachilre* o *caldibaldi* («líquido poco espeso»).

A mediodía para reponer fuerzas comerán un cocido *aterraio*, que ha permanecido muchas horas en cocción lenta *a su amor*, soterrado en paja, o bien en excrementos secos de animales, sobre todo las *chorchas* de las vacas. Son pocos los ingredientes de

estos cocidos: garbanzos, un trozo de tocino y, pochas verdes, carne o morcilla; en algunos pueblos no se lava el puchero de barro, quedando una telilla de grasa, que llaman *camisa*, pues dicen que da más sabor; se pican las sopas de pan, se da vueltas al puchero, tapando la boca con una *cobertera* que la mayoría de las veces no era de cerámica o barro sino una piedra plana.

Si se descuidan en añadir agua ocurría que la comida se agarraba o pegada. A continuación, los garbanzos, y, por último pringaban el tocino y la morcilla en un cantero de pan, que en otros pueblos equivale a bocadillo relleno de tocino y morcilla; si este trozo o cacho era muy grande le dan el nombre de *zolaco* o *zaco*.

La verdad, no era abundante la comida, pero algunos comían demasiado para sus apetencias y *se ahitaban* o les *causaba ahito* (ingestión o embarazo de estómago), de ahí el refrán: «*Quien tiene hijos al lado no morirá ahitado* (harto)».

Todos comían en una *ascuilla* o *escudilla* grande, cazucla de barro o en una *alborza*, recipiente grande de cacharro. Algunas veces variaban en sus comidas y hacían un *ajo blanco*, o *sopas canas* hecho a base de pan, agua, sal y leche; o un *ajo aceite*, salsa a base de huevo batido; a veces *gachas*, guiso de harina de trigo o almortas, aceite y carne. Como comida especial preparaban los *galianos*, vianda propia de pastores que cocina con la caza del día: perdiz, conejo, liebre -troceada y cocida- a la que se añade una torta sin levadura cocida a la brasa, aunque en otras zonas se la guisa con aceite y caldo.

LA VID Y EL VINO

«Mancha, tierra de viñedos y mieses,
de Quijotes y Sanchos.
Mancha, abundante en sus lagares
y en sus molinos soñada.

Son los lagares la base de la economía de la comarca La Mancha y otras zonas de la provincia toledana. Su léxico es rico y diverso: *Arar por las anchas*, arar por la parte más amplia entre las líneas de las lindes; *arar por lo corto*, arar cruzando la labor, a la realizada por lo ancho; *arredilar*, arar las viñas aproximando la labor a las cepas; *desfollicar* o *espollicar*, deshacer los terrones de la tierra de las viñas o cepas, para ello se utiliza una tabla: *mariquilla*; *entrelinear*, abrir las viñas por los *sejos*, *marrotes* o *cincos*, que es un espacio en sentido diagonal entre las alineaciones de las viñas; *estallar* o *estallicar*, *destallar*; *escardille*, acto u operación de quitar los tallos perjudiciales de la cepa; *ensarmentar*, hacer gavillas con los sarmientos de la vid; *escabuchar*, arrancar con la azada los ceporros; *enmantas*, porción de tierra comprendidas entre las alineaciones; *repostura*, acción de requerir o repostar; *requerir*, replantar las cepas que se han perdido; *paradas*, cada una de las cabezas de la cepa, donde nace el sarmiento; *postura*, porción de tierra dedicada a majuelo o viña; *postureja*, viña de cinco o seis años; *ronde*, hoyo que

se hace alrededor de la cepa para recoger las aguas de lluvia e impedir que las uvas den al suelo y se pudran; *verdores*, años de edad que se cuentan por las veces que reverdecen; *gancha*, gajo y escobajo de la uva; *reja cerrada*, cuarta reja que se da a una plantación por las enmantas; *pampanas* o *pampanos*, hojas de la vid; *espuerta*, pareja de vendimiadores, que van cortando las uvas y echándolas en las *serillas* o *seras*.

Términos relacionados con el vino y su elaboración: *adovias*, calzado de esparto y madera para pisar la uva en la *bodega* o *jaraíz*; *cueva*, a subterránea; *chilanco*, pozo rectangular donde se echa la casca después de prensada; *cuarta*, tinaja de ocho arrobas; *medias*, medida para vinos de media arropa; *empotre* o *empotro*, armazón de madera que sostiene las tinajas; *escobillar*, vaciar las prensas de las casca deshaciendo la masa; *horquillo*, horca de hierro con dos dientes que sirve para esbollicar la casca; *pita*, *espita* o *canilla*; *remecedor*, palo usado para remover el mosto en las tinajas durante la fermentación; *trabuquillo*, espita metálica; *caballo*, escalera de madera portátil utilizada para subir a la tinaja; *calabazón*, medida para llenar los pellejos; *lamparilla*, vaso de vino o copa de cualquier licor; *pellejo*, envase de piel de cabra para conservar el vino; *sombbrero*, parte alta de una tianja en fermentación formada por el hollejo; *tapador*, tapa de la tinaja hecha de cana de centeno o anea; *zaque*, odre de cuero para echar vino.

RECOLECCIÓN DE LA ACEITUNA

La recogida de la aceituna es un trabajo o faena que apenas ha cambiado desde hace siglos. La cultura de la *varea* y del *ordeño*, heredada, aprendida y transmitida, desde tiempos remotos, va unida a la historia de esos hombres y mujeres que a lo largo de los años han vivido pendientes de cada labor, de cada poda, de las inclemencias del tiempo y de la cosecha de cada año. Esta tarea de la recogida, en todas sus formas, es un trabajo artesanal duro, al aire libre y en épocas malas.

Han terminado las fiestas navideñas. Las aceitunas ya están en sazón. El amo se dispone a tomar unos chatos en los bares para buscar y preparar la cuadrilla de *aceituneros* o *vareadores*, que estarán a las ordenes del *mayoral*, *manijero* o *encargado* (capataz de una cuadrilla de trabajadores en el campo); al mismo tiempo irá por las casa a contratar a las mujeres encargadas de coger las olivas, las *congenderas* o *recogenderas*, que las cogerán con *dediles* de cáscara de bellotas y a *uña*.

Preparan el *manteo* o conjunto de mantas, las *varas largas* o grandes, las *varas cortas* o chicas, las *seras*, *serijos*, *serillas* o *cachirulos* (recipientes anchos de esparto para contener las aceitunas).

Se concierta el salario y el día del comienzo. Ese día madrugarán para preparar la comida o merienda, que llevarán en una talega, cesta o alforjas.

Se reúnen en casa del dueño, todos marchan al *corte* o *tajo* (por donde se llena la recogida); mientras iban caminando un cantar asomaba en boca de algún mozo:

«La aceituna en el olivo
si no la coges se pasa;
eso te sucede a ti,
morena si no te casas».

O

«Ya te vas a la aceituna,
cara de quitar pesares;
carita como la tuya
no va por los olivares».

Llegados al olivar, dejan las viandas en el hato o lugar donde se come; luego las *mantas*, *lenzones* o *tendales* se extienden alrededor del olivo, ajustando una manta más pequeña al tronco que llaman *corbata*.

Comienza la faena: los vareadores *varean*, *tumban* o *tiran* las aceitunas; el más joven de la cuadrilla, el *montante*, *mochuelo*, *santo* o *garrotero* se sube arriba, en la *cruz* o ramas, con una vara más pequeña para sacudir los frutos a los que los anteriores no llegan. Después se produce una primera limpia, los restos de hojas son las *pavas*.

A mediodía se produce un descanso para comer; para calentarse echan una lumbre o *chosca*; mientras se gastan bromas y se divierten, tiznando a los jóvenes con un corcho quemado: es el juego del Santo Mocarro.

Por la tarde ya cansados, vuelven al pueblo. Los reciben los niños cantando:

«Aceituneros del pío, pío
¿Cuántas aceitunas (fanegas o cuartillas) habéis cogido?
Fanega (cuartilla) y media,
porque ha llovido».

VIDA PASTORIL

Un elemento fundamental de la economía de la provincia de Toledo es la ganadería, esencialmente el ovino en la región de La Mancha y el caprino en la zona de los montes. Su léxico en apariencia simple es extenso y variado.

En la zona de los montes se da esencialmente la ganadería caprina. Así al chivo o el cordero que no llega a primal le denominan *ciajo* (de ceajo), a la cabra que no tiene más de un año y no llega a dos, *primala*; a partir del tercer año, *andosca*, *trasandosca* o *cerrada*, *cabra hecha* a partir del cuarto año.

Ricas son las voces referentes a colores: *capota* a la del color blanco; si es de color rojizo o color teja, *arocha*; retinta, a la de color marrón o castaño muy oscuro; *jarocho*, a la del color cano o jaro; *muhina*, a la del color gris; *confitera* a la de color blanco y negro.

También son interesantes los términos alusivos a características físicas y enfermedades: *remochuna*, *corniveleta* o *cornialta*, cabra con los cuernos empinados; *mocha* a la que le faltan los cuernos; *mamia*, *teticoja* o *titicoja* a la que le falta una ubre; *marmellada*, la que tiene *marmella*: dos excrecencias en la parte inferior del cuello, que también llaman *pendientes*; *muesa*, a la cabra u oveja que tiene las orejas pequeñas; *churra*, a la oveja que tiene abundante lana; *faldichurra*, a la cabra u oveja con abundantes pelos o lanas en las ancas; *machuela*, oveja con lana en la frente; *ubrera* o *mamitis*, si se le inflaman las ubres; *juguero*: enfermedad parecida a la ubrera, pero en esta se quedan sin leche; *peragota*: consiste en darles fiebres y ponerse cojas; *mal de pezuña* o *pesuña*, inflamación de las patas; *diarrea*; muerte del bazo por inflamación de éste; *modorra* en la que pierden el control por exceso de calor y mueren. También padecen la enfermedad *galápago*, consistente en la presencia de parásitos en el hígado.

Si la cabra u oveja está en celo dicen estar *salía*, *caliente* o *movida*; la acción de juntarse el macho cabrío o el carnero con las hembras es *cubrir*, pero a veces ponen en este un *mandil*, *mandiletas* o *mandilete*, de lona o cuero para que no la cubra, el concebir, *estar preñá*; pero hay cabras u ovejas *machorras*, que no se cubren por ser estériles; otras son *manfloristas*, *manfloras* o *manfroditas* (etimología popular por hermafrodita) que rechazan al macho. Algunas malparen o abortan.

Una vez paridas, algunas *aborrecen* o dejan abandonadas a sus crías; algunas mueren y el vástago se convierte en *mamantón*: la primera leche después de parir son *calostros* y el hacer ubre, *aubrar*.

La reunión de un conjunto grande de cabras de ganado es un *hatajo*; *piara* o *escusa*, una pequeña ganadería de cabras; y *colectividad* al conjunto de cabras del pueblo, que eran cuidadas por los mismos cabreros o pastores; pero estos podían tener un determinado número de reses entre el rebaño del amo el *hijar*; las sacaban de *careo*, recorrido que hacen cuando van pastando y *carear* el pastar o pacer el gañado, que cuando se escapa, es reconducido por un perro carea. A mediodía, con el calor, les entra la *cuca*, sueño o modorra descansando en un *sestíl* o sombra, donde estaban las *alegas* o *salegas* para echarles la *sal pedré*.

Por la noche se recogen en el *cobial* consistente en un cerco de redes de esparto o en la *majada*, o *majadal*, terreno para ser abonado, o en la contenta donde excrementan *cagarrutas*, *chirle*, o *sirle*.

El *rabadán* o *mayoral*, *pastores* o *zagales* ataviados con *zamarra*, *zahones*, y *peales* tenían su equipo y provisiones como el hato, parte del cual metían en la *aljaba*, *zurrón* o *morral*, sujetos por delante con unas tiras de cuero llamadas *bracileras*; la otra en el *infierno*, costal ancho, de piel curtida, donde guardan la carne, o en la maleta.

Las cucharas las guardaban en el cucharal; sacaban el agua con el *zaque*, cubo de piel, que previamente había sido curtida sobándola; para coser llevaban la *cosedera* que era una agujeta de piel de gato; y siempre llevaban un *garrote*, *gallarda* o *cayado* para dirigir al ganado *chirreándolo* (azuzándolo); dormían en la *culata*, chozo pequeño



Yunta de bueyes

transportable o en una *mampara*, tienda de campaña; al lado montaban las *perneras* donde colgaban un caldero para calentar al fuego las sopas canas y la leche con cuajo de cordero (tripas de chivo recién nacido), y hacer el queso en el exprimijo, prensando la cuajada en el *cincho* de *empleita* o *pleita* para que salga el suero; se acompaña de perros mastines a los que daba de comer la *pella* o *pellada* compuesta de harina de cebada muy amasada con agua, y para protegerlos de las mordeduras de los lobos les ponían la *carbanca* o *carlanca*, collar de púas de hierro.

ANTIGUOS OFICIOS

En la Edad Media surgen, en las ciudades y pueblos, una serie de asociaciones gremiales que cada una desempeña su trabajo en un barrio o calle, con su fiesta y patrón. Muchas de ellas conservan un nostálgico recuerdo en los rótulos de las calles, ya sin ningún sentido, porque esas antiguas profesiones y oficios son un vago nombre, que muchas veces no es transparente para los ciudadanos de hoy.

Esa opacidad de significado se debe a que la mayoría de los oficios, que pasaban de padres a hijos, de generación a generación han desaparecido, a causa de que sus productos, por el avance de la ciencia y de la técnica, ya no sirven o han quedado

obsoletos. Ahí quedan muchas calles que hablan como testigos de aquellas profesiones y gremios perdidos: *Tenerías* (curtidurías), plaza *Ropería*, *Chapinería* (especie de calzado), la *Plata*, *Esparteros*, *Carreteros*, *Azacanes* (acarreadores de agua), *Adobadoras*, *Panaderas*, *Canastas*, *Caldereros*, *Labradores*, etc.

Los padres por escasez de medios económicos y por abundante prole que entonces tenían, ponían a sus hijos a trabajar, ya desde su primera juventud: los destinaban a guardar cerdos, los *guarreros* o *porqueros*; en estas edades hasta los catorce años eran *trilladores* en época estival: subidos en un *trillo* o *trilla* conducían el par de mulas que tiraban de él, dando vueltas alrededor de la parva que forma la *mies*, *miesa* o *miensa*.

Ya por estas edades se curtía de *zagal*, joven que ayuda al *mayoral* o *rabadán* a guardar las ovejas o cabras; o *de motril*, que ayudaba a los gañanes en las faenas del campo o para llevar o traer recados de estos. Otras veces hacía las veces de labranza y llevar la comida, con un burro, a los segadores al *cacho* o *tajo*, aunque también esta misión era encargada a las mujeres: *hernandilla*. Un poco mayor podía ser el *rejero*, el último o más joven de una cuadrilla de *muleros* o *gañanes*, encargado de llevar las rejas a *aguzar* o *abuzar*; existía también el *aguador* o encargado de llevar el agua a los segadores al tajo.

Ya mozos, adquieren el grado de *muleros* o cuidadores de las mulas. El amo o dueño mandaba a los criaos, si se necesitaba, a herrar las caballerías al pueblo: esta faena la realizaba el *herrador* o mancebo en un *potro* de piedra, ayudado por *pujavante*, clavos de herrar y martillo; otros iban a adquirir aperos del *talabardero*, el que hace *albardas*; o el *guarnicionero* o *correchero*, que hacen ciertos aperos de labor; o van a buscar a los *trilleros*, que venían de Cantalejo (Segovia) para empedrar con pedernales las trillas; o comprar hoces a los *currucaneros* de la Solana (Ciudad Real); o a mercar sogas y afilar sus hoces y hocinos dirigiéndose a los ambulantes gallegos.

VIDA Y ENTORNO ARTESANOS

El hecho natural de la voz humana permanece –como decía Aristóteles– en el artificio de la palabra creada. Pero conviene creer mejor en los impulsos espirituales que siguen condicionando la vida del lenguaje como resorte del alma. Por eso, Bally lo relaciona con la misma vida: el lenguaje es la creación del espíritu. «Artesanos de nombre» llama Platón en *Cratilo* a todos los hombres capacitados para denominar las cosas y objetos de su creación. Pero ya se le había anticipado Adán; éste, por especial encargo del Creador, dio nombre primigenio a todo lo que tenía delante de sí. La *Generación del 98* tuvo un rasgo común: el gusto por las palabras tradicionales y terruñeras. Ellos pusieron en circulación un enorme caudal léxico que recogieron en los pueblos o desenterraron de la literatura antigua. Algunas palabras como *meollo*, *entresijo*, *tenerías*, *tundidores*, *cardadores*, *correcheros*, *guarnicioneros*, *hateros*. Se han incorporado a nuestro vocabulario usual.

Cuenta la historia que la técnica de la alfarería, según Sebastián de Covarrubias, «*alfahar* es la oficina del ollero, donde se hacen los vasos de tierra. En Toledo hay una calle donde se vende el barro y tiene el nombre de Alfahar, y el ollero llaman alfaharero». Surge en el Neolítico, y se originó por la necesidad de almacenamiento de agua y alimento. La arcilla fue y sigue siendo el material apropiado. De estas épocas nos han llegado abundantes figurillas, pero en realidad el primer alfarero fue el Creador que modeló al hombre tomando barro de la tierra.

Esta antigua profesión artesanal se ha continuado hasta hoy continuando un rico vocabulario: *abrir el barro* (fase inicial del proceso de modelado de las piezas), *albañal* (recipiente cerámico con agua, en el que el alfarero se humedece las manos para facilitarse el trabajo), *alfarería* (fábrica donde se trabaja el barro de cerámica). También designa la vajilla de uso común; igualmente se las denomina *cacharrerías*, y *cacharrero* o *alfarero* al que las fabrica, *altabaque* o *tabanque* (rueda inferior del torno del alfarero), *cabecilla* (rueda superior del torno del alfarero), *cochura* (denominación de la cocción de las piezas de alfarería) *caldas* (fase de la cocción de las piezas de alfarería), *era* (espacio circular de piedra destinado al molino de la arcilla), *funda* (sistema de protección para las piezas vidriadas durante la cocción).

Hasta hace poco se oía en nuestros pueblos los toques de corneta o de latas de hojalata del *pregonero*. Las mujeres y los chicos se asomaban a las puertas, o se juntaban en las plazas o esquinas de costumbre esperando el pregón que era canturreado con monorrítmica y aguardentosa musiquilla. Así era efecto, y, junto a la pared de la iglesia parroquial, un vendedor de barro cocido había aparecido con varios recipientes de arcilla endurecida y vidriada que esperaba fueran necesarios y del agrado de los vecinos. Allí había *cántaros* panzudos para acarrear el agua, *cantarillas* o *cantarillos*, *botijas*, *jarras*, *cazuelas*, *pucheros* de diferentes tamaños que serían utilizados para el cocido acompañados de sus *coberteras*, *ollas majas*, *hornillas*, *lebrillos*, *alcancías* o huchas, *macetas* o *tiestos*, *escudillas* o *ascuillas*, *orzas*, *botijas*, *platos*, *fuentes*, *barreños*, *grilleras*, *cuerveras*...

Dios sabe cuántos siglos hace que se comenzó el uso del cuero curtido de animales como «material para ligaduras». El cuero curtido recibe el nombre común de material, en todas aquellas manufacturas que lo utilizan; pero, sobre todo cuando se empleaban para la confección de arreos y guarniciones. No pocas viviendas de labradores conservarían, tirado por algún rincón de la cuadra, de la cámara, doblado o sobrado, un buen trozo de material de las *colleras*, *ataharre*, *tarres* o *haticolas*, *cabecal*, *pretal* o *frontiles* normalmente adornados con cascabeles y campanillas, *cabalgador*, *tapahebillas*, *retranca* y *horcate*.

No toda la artesanía está en manos de los hombres. También las mujeres cuentan en su haber ricas piezas en este género, sobre todo en el textil. La tía Juana enseñaba a su hija Pepita a bordar, al mismo tiempo que aprendía la terminología propia de esta labor: *deshilados*, *de tejidillo*, *a hilos contados*, *a dibujo*, *al pasado*, *de pedrerías*. En

Lagartera se conservan términos arcaicos referidos al traje: *gorguera*, *sayuela*, *jugón*, *guardapieses* y *mandileta*. En el ajuar tenían varios trajes: *de diario*, *de domingo*, *de jamarella* (dama de honor) y *de hoda*.

La mujer castellano-manchega ha desarrollado otro arte dentro de su *pegujal*: el *encaje de bolillos*, no privativo sólo de Almagro, aunque esta ciudad es la que mejor ha conservado la tradición. El léxico conservado es rico y variado: *bolillos* (se compone de tres partes: mango, caja y cabezal), *almohadilla*, *mundillo* o *telar*, *corona* (parte del encaje que remata este por el extremo que no se une a las prendas), *entredós* (encaje que no lleva ni pie ni puntilla y que se coloca entre dos telas), *mocillo*, *mandril*, *manecicas* (denominación de los ovillos de blonda), *vena* (adorno o remate de encaje).

EL CERDO Y LA MATANZA

Hermosa y nostálgica tradición que hoy día se está perdiendo y cayendo en el tintero del olvido. Pero la matanza ha sido para nuestra sociedad una fiesta, un motivo de encuentro, un rito familiar que, año tras año, se han venido celebrando inexorablemente como algo que formaba parte de nuestro *pegujal*, de nuestra idiosincrasia.

Se han echado los fríos: ¡huy qué frialdad!, comenta la gente del pueblo; ya es tiempo de matar el guarro y corre de boca en boca: «*a cada cerdo le llega su San Martín*» (11 de noviembre), o fechas más adelante «*por San Andrés mata la res*» (30 de noviembre).

Durante la fase de *gorrino*, *guarrito*, *tostón*, *lechal*; y en una fase posterior de cerdo *al destete*, después de haber pasado por un momento de *ruin* o nacimiento raquítico, durante varios meses se ha visto opíparamente alimentando con el *tibitalbe* o *talvina* –harina diluida en agua–, que, cuando es muy espesa, se denomina *pienso* o *molluelo*; y cuidado con la *pocilga*, *guarrera*, *cochiguera*, *gorrinería*, *zahurda*, *zajurda*, *chajurda* o *urdilla*, donde comen en un *dornajo*, *dornillo* o *tornajo* de madera o corcho; o en una *pila* o *pilar* si es de obra, que si son excavados en la pizarra se dicen *pozancos*. El *cerdo*, *chino*, *chirro*, *guarro* o *cochino* hociquea u *hoza* en el suelo de la *corraleja*; mientras, el dueño observa que ya está *quintalero* (de cincuenta quilos, o *arrobero* de cien quilos), junto al que se encuentra el *verraco* o *varraco* (semental).

Pero ¡basta!, ya está bien de vida regalada y sosegada. Ha llegado el momento de la inmolación. La familia tiene que prepararse para la gran ocasión. Comienza la preparación: «hermana, te espero; prima, no faltes; madre, a las cinco; ¡ah!, se me olvidaba el pimentón, la madeja o mazos de tripas y los condimentos; Juan avisa al *matachín* o *matanchín* y a la *mondoguera*». Días antes se pica la cebolla y la calabaza en las *paneras* de corcho en las *artesillas* de madera, que son cocidas en una caldera de cobre, y después de mezclarse, se meten en un saco, que se prensa con una piedra grande.

Llega el día decisivo; todos puntualmente vienen a la conmemoración. Todo el ambiente respira fiesta y jolgorio. Entre animada conversación, chistes y bromas se

saborea una copa de anís o aguardiente, o se paladea la torta, que se ofrece a todos los concurrentes. El agua hierve burbujeante en el caldero, bien colgando de las *llares* (cadenas), bien apoyada en las *trébedes* o *estrébedes*. Pero el protagonista que no debe faltar es el *matachín* o *matarife*, el sacerdote que inmola y sacrifica al animal. Este llega pausadamente como oficiante o conoedor del acto que va a realizar, viene somnoliento; debajo del brazo trae el *esportillo* con los *apaños* o herramientas de matar; insinúa: Preparémonos para el gran oficio.

Todos van a la pocilga y llaman al cerdo. Entre todos lo cogen, ayudado con el gancho, se tumba en una mesa y se le clava un cuchillo grande en el *gañón* (cuello); chorrea sangre, que es recogida en un calderillo o cazucla, que posteriormente será utilizada para elaborar el *mondongo*, *bodrio* o *sorda*, con el que se preparan las *morcillas*.

Muerto, se le echa en la *artesa* o *artesón*, donde con el agua hirviendo es *escaldado*; a continuación se le limpian o pelan las *puercas* con trozos de teja y con una especie de raspadores que llaman *candilejas* o *cazoletas*; otros los *churruscan*, *chamuscan* o *socarran* con *abulagas* o *aulagas*, o bien con pajas; para después *abrirlo en camal*. De su interior sacarán el *ventrujo* (conjunto de tripas), el *cuajo*, *mondejo* o *handejo* (estómago), el *morcón* o *bisp* (tripa cagalar, ancha o gorda que servirá para henchir o embutir las morcillas, o para llenarlas de huesos de espinazo salado para que se mantengan frescos), la *toquilla*, *velo* o *alma* (telilla blanquecina de sebo unida a la pajarilla), las *bofes* o *asaduras* (conjunto de pulmones, hígado y corazón) y, por fin la tan esperada *melecina* o *vejiga*. Luego se les quita los *cascabillos* o *pezuñas*, y se le cuelga.

Toda la familia, después de haber lavado las tripas, almuerza con *salmorejo* o *cachuelas* a base de hígados, sangre y bofes.

Han pasado varias horas; el cochino se ha oreado; hay que *estazar*, *estrazar* o *destrazar* al gorrino (descuartizar). Se van separando las diversas partes del animal: aquí la *jeta* (hocico), la *papada*, *fafada*, o *fafá* (cuello); el *garguero*, *guarguero* o *galguero* (esófago); allá la *careta* (tocino de la cabeza); la *íntima* (tira de tocino que va de la jeta u hocico al rabo); el *espinazo* o *rosario* (espina dorsal), *hueso del alma* (esternón); acullá el *zancarrón* o *zangarrón* (pata), el *pernil* (jamón) y el *hueso del candil* (hueso en forma de hola que se quita al jamón). Luego se descarna o escarna (separar el magro de las mantas del tocino y de los huesos). Mientras, el dueño coge unos trozos de carne magra, que asa a la lumbre para catarlo: el *marro*, *somarro*, *zumarro*, *moraga* o *morago* (en ciertos pueblos es el hígado).

Por la tarde las *mondongueras* embutirán o henchirán las masas o *mondongos* en las tripas, bien con la maquina de *henchir*, bien con embudillos; de vez en cuando van *tasando* los embutidos con hilos fuertes o pinchándolos con agujas o leznas. Los chorizos, las morcillas de cebolla, patateras, de arroz o de año y los salchichones serán colgados en unas varas o estacas en la cocina junto al fuego, en la cámara o doblado para que se oreen.

ÍNDICE

	PÁGINA
A modo de introducción y justificación	7
La pronunciación	9
Huella mozárabe	10
La influencia árabe	11
A vueltas con lo árabe en Toledo	12
Geografía lingüística	14
¿Influencias o coincidencias?	15
Ramillete de voces terruñeras	16
Formas y construcciones	18
Arcaísmos léxicos	19
Arcaísmos verbales	20
Expresiones fijas	21
Así habla La Mancha	21
Topografía y toponimia	22
Hablan los topónimos	23
Apuntes de toponimia	24
Onomástica árabe	25
Toponimia mozárabe	26
Indumentaria de nuestros abuelos	27
Corrobla y alboroque	28
La noria	30
Covarrubias y el habla de Toledo	30

Dialectismos en Covarrubias	32
Compleción física	34
Cualidades humanas	35
Notas sobre «bolo»	36
El apodo: seña de identidad	37
Más sobre los apodos	38
Gentilicios y apodos	39
La sementera	39
La siega	40
La trilla	43
La limpia	44
El grano	46
El acarreo	47
De gastronomía campesina	48
La vid y el vino	49
Recolección de la aceituna	50
Vida pastoril	51
Antiguos oficios	53
Vida y entorno artesanos	54
El cerdo y la matanza	55

JUAN MANUEL SÁNCHEZ MIGUEL, catedrático de Lengua y Literatura Española y profesor de la UNED. Ha publicado varios libros: *Romancero tradicional toledano*, *Lírica tradicional toledana*, *Supersticiones*, *Diccionario del habla toledana*, *Refranero popular manchego*, *El significado de los apellidos*, etc. Ha colaborado en los diarios *Ya* y *ABC* con artículos de temas dialectales y etnolingüísticos. También tiene colaboraciones de tipo lingüístico y literario en diversas revistas especializadas, entre otras *Universidad Abierta*.



Geografía y Naturaleza



Historia y Arte



Etnografía y Tradiciones



Literatura



Diputación **P**rovincial de **T**oledo

Diputación de Toledo. Servicio de Publicaciones